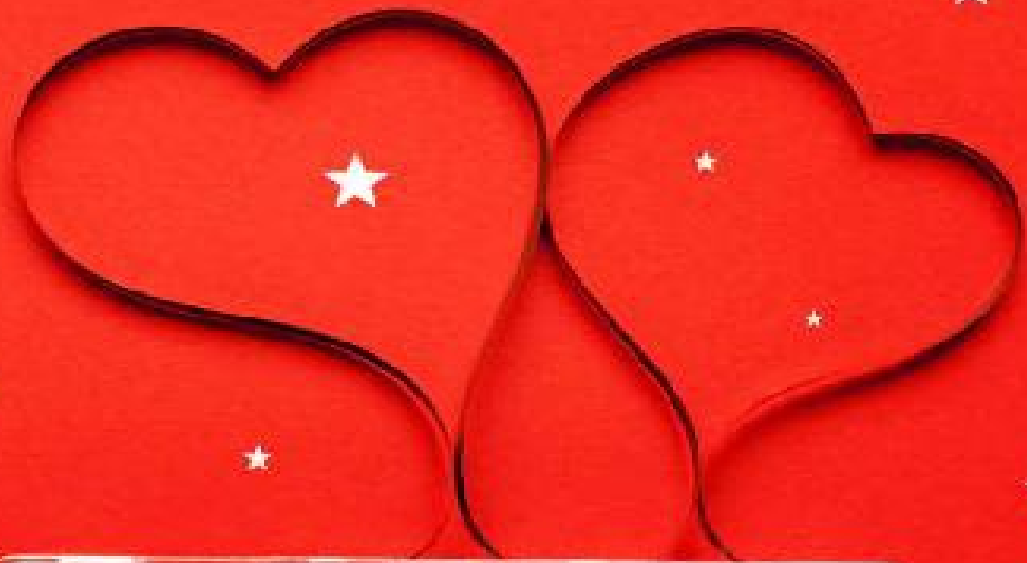


Tú y yo somos
una canción



Olivia Kiss

TÚ Y YO SOMOS UNA CANCIÓN DE AMOR.

Olivia Kiss

1

Su vida estaba completamente arruinada.

En los estudios de grabación nadie lo dijo abiertamente, pero, pese a todas las locuras que había cometido en los últimos años, Daisy no era idiota. Sabía muy bien que había tocado fondo. Lo había visto antes a su alrededor: chicas que empezaban a triunfar cuando aún eran demasiado jóvenes como para gestionar bien la fama; al principio parecía que todo les iba de maravilla y que tenían el control, pero pronto lo perdían y acababan olvidadas para siempre.

—Las cosas están mal, Daisy, no voy a mentirte —comenzó a decir Ted, el productor con el que había trabajado desde el comienzo—. Pero podemos arreglarlo entre todos.

—Necesitamos que pongas de tu parte —intervino Helena.

Ella mantuvo la boca cerrada porque no sabía bien qué decir. La historia, en resumidas cuentas, era la siguiente: siempre había amado la música, desde bien pequeña. Su padre le regaló una guitarra meses antes de morir en un accidente de tráfico. Había empezado a componer canciones con tan solo catorce o quince años y a los diecisiete ya actuó por primera vez en un local de Boston a cambio de una Coca-Cola. Después, todo fue cuesta arriba y no volvió a mirar atrás. Empezó a tocar en distintos sitios, aunque apenas le pagaban nada. Pero en una ocasión, cuando tenía diecinueve años, un cazatalentos se fijó en ella y, dos meses más tarde, estaba dentro de los estudios de grabación finalizando su primer disco.

Llegó el éxito. No fue abrumador como el de las estrellas que salían todos los días en la televisión, pero dentro del country se labró un nombre y se hizo bastante conocida. Lo tenía todo: amigos que fue haciendo con el paso del tiempo, bastante dinero y un futuro brillante por delante. Sin embargo, Paul entró en escena y le jodió la vida.

—Hemos pensado en un retiro espiritual —dijo Don, su agente.

—Perdona, ¿un retiro-qué? Yo no necesito nada de eso...

—Piénsalo. Te vendrá bien para componer, ahora mismo estás bloqueada, ¿no es cierto? Y al mismo tiempo, te alejas de la prensa, de los escenarios y de todo lo demás.

—Tenemos el lugar perfecto para ti. —Helena sacó un folleto y lo dejó encima de la mesa del escritorio del despacho. Unos árboles gigantescos rodeaban pequeñas casitas de madera que parecían sacadas de un cuento infantil—. Te aseguro que aquí nadie te reconocerá. De hecho, he llamado a la dueña para preguntarle si tenía algo libre para los próximos meses y al decirle tu nombre para la reserva ni se ha inmutado.

—No hay televisión ni internet —añadió Don.

—El pueblo más cercano está a cinco kilómetros y tan solo tiene doscientos habitantes. Sospecho que allí tampoco habrán oído hablar de ti. Es perfecto, Daisy.

La información llegaba a sus oídos, pero no parecía estar asimilándola. Era como si cada uno le disparase desde lejos: se sentía como un ciervo intentando escapar. En realidad, sabía que tenían razón. Y la idea de dejar atrás su vida momentáneamente le resultaba casi como un soplo de aire fresco, pero también la aterraba. ¿Y si no conseguía volver a componer? ¿Y si empezaba a enloquecer perdida en medio de ese bosque? ¿Y si todo el mundo se olvidaba de ella cuando

hubiese regresado? Era arriesgado.

—No sé si es una buena idea...

—Daisy, confía en nosotros.

—Pero es que... —Iba a echarse a llorar delante de todos como alguien no interviniese pronto, no podía contener las lágrimas que se agolpaban en sus ojos—. Es que...

—Volverás a renacer como una mariposa —dijo Don—. Creemos en ti y en tu talento, pero todo este asunto de Paul te ha superado. Te vendrá bien pasar un tiempo contigo misma, reflexionar y ver qué quieres hacer a partir de ahora. Nosotros estaremos esperándote.

—¿De verdad? —gimoteó.

—Ya lo creo que sí.

Abrió el folleto que Helena había dejado antes delante de ella. El lugar se llamaba Forrestday y parecía realmente idílico, el típico sitio donde los animales cantaban, los niños asaban nubes frente a una hoguera y el arcoíris salía cada día.

Vale, probablemente estaba exagerando.

Pero ¿qué otra opción le quedaba?

Podía quedarse en Los Ángeles y seguir aguantando los abucheos del público, las críticas punzantes de la prensa y las mentiras que estaban diciendo sobre ella. O bien podía regresar a Boston y cobijarse en casa de su madre, pero no quería darle problemas ni que tuviese que enterarse de todo lo que estaba ocurriendo. Por fortuna para ella, su madre era una antigua hippy que se negaba a tener móvil y tan solo usaba el teléfono de casa, Daisy no era tan conocida como para salir en las revistas del país, pero sí lo suficiente como para que las redes sociales hablasen de ella, y de eso su progenitora no tenía ni idea. Prefería mantenerla en la ignorancia, por su bien. Ninguna madre debería soportar que acosasen a sus hijos.

—Está bien, supongo que es una buena opción.

—Supones bien, Daisy. —Helena le sonrió.

—¿Y cuánto tiempo será? —preguntó.

—La dueña tiene la casa libre durante dos meses, pero nos ha comentado que podría alargar el contrato un mes más si fuese necesario. Es bastante razonable.

—De acuerdo. ¿Cuándo me marcho?

—Mañana mismo, si quieres.

—Bien. Estaré lista.

Aún estaba a punto de echarse a llorar cuando se despidió de todos ellos en la recepción de los estudios. Paró un taxi y pidió que la llevase directamente a casa. Una vez llegó a su apartamento, ese que ahora tanto le recordaba a Paul, quiso ponerse a gritar, golpear algo o patalear como una niña, pero no hizo nada de todo eso, porque Daisy siempre se controlaba. En lugar de desahogarse, se subió a la escalera para bajar una maleta pesada y luego comenzó a llenarla con ropa y otros enseres que iba a necesitar.

La vida estaba siendo muy irónica. Cualquiera podría haber dado por hecho que Daisy estaba arruinada por la misma razón que la mayoría de las chicas que empezaban a triunfar siendo jóvenes, pero no era así. Se había cuidado bien de no caer en excesos ni de dejarse llevar por malas influencias. Intentaba hacer lo correcto, ser simpática y dulce con los fans, cumplir con sus obligaciones y sus contratos sin rechistar y todo demás. Pero ni por esas. Paul había tenido que llegar para arrasar con los esfuerzos de los últimos años.

Lo odiaba profundamente.

Cuando terminó de preparar su equipaje, se sentó en su salón y cogió el teléfono móvil. Avisó a

algunos amigos de que estaría fuera un tiempo y finalmente llamó a su madre.

—¿Daisy? ¿Eres tú? —preguntó la mujer.

—Sí, mamá. —Le calmaba oír su voz.

—Espera un momento, que estaba plantando unos geranios y tengo las manos llenas de barro. No cuelgues, vuelvo enseguida.

Escuchó cómo dejaba apoyado el teléfono en la mesilla y el ruido del grifo de la cocina abriéndose. Cuando regresó, parecía algo más calmada.

—¿Cómo estás, cariño?

—Muy bien.

Bien jodida, quiso decirle.

—Me alegra oírlo.

—Te llamaba porque he decidido irme de viaje una temporada, así que no podré acercarme a verte a casa el próximo mes. Iré en cuanto vuelva, te lo prometo.

—¿Y eso? No me habías dicho nada.

—Es que ha surgido de improviso. Es un lugar muy relajante, una especie de balneario. Quiero reponer fuerzas antes de meterme de lleno en el próximo disco. Ni siquiera sé si hay cobertura, así que... bueno, ya encontraré la manera de llamarte, ¿de acuerdo?

—Claro, pero ¿seguro que todo va bien, Daisy?

—Sí, segurísimo. Te quiero, mamá.

—Yo también te quiero, cariño.

Se sintió terriblemente mal cuando colgó. No le gustaba mentirle a su madre, pero contarle todo lo que estaba ocurriendo lo haría más real y no quería darle problemas a la mujer, que vivía feliz regentando una pequeña floristería en el pueblo y cuidando de la parcela de jardín que había en la parte delantera de la casa donde había crecido.

Echó un vistazo a las redes sociales, pero el corazón se le fue encogiendo conforme pasaba de una noticia a otra. ¿Cómo podía la gente soltar tantos comentarios hirientes sin pensar? ¿Acaso el anonimato les daba carta blanca para ser así de crueles?

Las cerró cuando no pudo soportarlo más.

Cogió el folleto y leyó con atención.

“Forrestday es el lugar perfecto para desconectar del estrés, la rutina y las exigencias diarias. Si buscas intimidad, relajación y encontrarte contigo mismo, estás en el sitio indicado. La naturaleza será tu guía”.

Daisy esperaba que fuese una guía muy buena, porque la iba a necesitar.

2

Un coche oficial de los estudios la dejó en la entrada, justo donde había un cartel de madera recubierto de hiedra espesa donde se leía: *Bienvenido a Forrestday*. Daisy bajó y le agradeció al chófer que le sacase la maleta. Después, cuando se despidió de él, caminó como pudo arrastrándola por el caminito de tierra rojiza que conducía hacia la primera casa y levantando una nube de polvo a su paso. Era con diferencia la propiedad más grande de todas y tenía un porche alargado que rodeaba el tejado a dos aguas. Las plantas trepaban por la parte frontal y, además, parecía ser la recepción, puesto que en la entrada había carteles del lugar y las actividades de los alrededores de las que podían disfrutar los clientes.

—¡Maldito trasto! —se quejó al no conseguir subir los escalones con la maleta a cuestas, así que, finalmente, decidió dejarla allí mismo y entrar en el establecimiento. A fin de cuentas, ¿quién iba a robársela? ¿Los pájaros? ¿Las ardillas? ¿Algún oso? No había nadie alrededor.

Unas campanillas sonaron cuando entró. El mostrador estaba vacío, aunque lleno de folletos iguales que el que le habían enseñado a ella. En una estantería había souvenirs como tazas con el nombre del lugar, camisetas, gorras y unos animales tallados en madera que eran preciosos y estaban claramente hechos de forma artesanal.

—¿Hola? ¿Hay alguien? —preguntó Daisy.

—¡Ya salgo! —La voz cantarina de una mujer llegó de lejos y al final la señora apareció con una sonrisa. Vestía un delantal rosa, tenía el cabello rizado y rondaría los sesenta años. A Daisy le sorprendió su jovialidad. Se miraron con atención antes de presentarse.

—Daisy Kepler. Tengo una reserva.

—Encantada. Soy Violet, la dueña de este sitio. Tengo por aquí la llave de tu cabaña, espera un segundo... —Se agachó tras el mostrador—. Perdona, es que me has pillado haciendo la lista de la compra y tengo un poco de lío, veamos...

Al final encontró la llave y se la tendió.

—¿Necesitas mi tarjeta?

—No, está todo pagado.

—Oh, vale. Genial.

Así que el estudio corría con los gastos, por lo visto habían pensado en todo. Pese a lo que había ocurrido, Daisy reconocía que siempre se habían portado bien con ella y la habían mimado. Su agente Don era un hombre de fiar, un padre de familia entregado que amaba la música country y que era sincero, pero teniendo mucho tacto a la hora de sugerirle cambios.

—Si te esperas un rato te enseño el sitio, es que tengo que terminar con la lista antes de que Robert se vaya al pueblo. Si quieres que te apunte algo, estás a tiempo. Hacemos la compra conjunta dos veces por semana, aunque alguien puede acercarte al supermercado si prefieres encargarte por tu cuenta. —Alzó la vista tras ella—. Ah, hola, Luke.

—¿Esta maleta es de alguien? —gruñó una voz a su espalda.

Daisy se giró y sus ojos se encontraron con los del tal Luke, que eran de un azul suave como el cielo veraniego. Llevaba su maleta a cuestas y la dejó en el suelo sin muchos miramientos. Tenía

el cabello oscuro y despeinado, un cuerpo atlético y cara de malas pulgas. Casi parecía gritar con la mirada que estaba cabreado con el mundo, pero incluso así, tenía aspecto de modelo de catálogo de ropa, de esos que iban sin peinar y con actitud pasota.

—Es mía, no podía subir los escalones.

Luke la miró sin mucho interés y suspiró.

—Oye, ya que estás aquí, querido, ¿podrías acompañarla a la cabaña dos y llevarle el equipaje? ¿Y sería mucho pedir que le explicases lo más básico? —le pidió Violet mostrándole una sonrisa tan dulce que había que ser un monstruo para negarle algo a esa adorable mujer.

—Llego tarde... —se quejó él.

—Venga, Luke —insistió Violet.

—Está bien —gruñó, volvió a coger la maleta y salió sin decir adiós. Al ver que Daisy no lo seguía, se giró con impaciencia—. Es para hoy, princesa.

¿Quién demonios se creía que era para llamarla así? Vale que vestía bien en comparación con él, desde luego, que llevaba unos vaqueros desgastados y una camiseta vieja de manga corta, pero no se consideraba a sí misma una niña mimada. Había trabajado duro para llegar a ser quien era y le repateaba la gente que la juzgaba sin conocerla.

Sin embargo, dada la situación, no replicó.

Lo siguió bajando los escalones de la casa y atravesando el sendero que parecía conducir hacia las diferentes cabañas. Estaban bastante separadas unas de otras, no pegadas, y casi todas parecían estar ocupadas, porque tenían las ventanas abiertas o se oía música; en una de ellas, había juguetes en el porche. Los árboles que las rodeaban eran altísimos, como si intentasen tocar las nubes blancas y esponjosas. Daisy se fijó en algunas ardillas que cruzaban ágilmente entre las ramas y en los pájaros que había a su alrededor. Y, finalmente, su mirada descendió hasta el trasero del tipo que tenía delante. Debía admitir que su atractivo era tan visible como su actitud antipática y déspota. La cayó mal desde el principio.

Luke encajó la llave en la cerradura de una de las últimas cabañas y empujó la puerta con el hombro al ver que estaba atascada. Encendió las luces y dejó la maleta dentro.

—Pues esto es —dijo escuetamente.

—Hay agua caliente, ¿verdad?

—No estamos en el paleolítico.

—Solo quería asegurarme...

—Sígueme. —Luke suspiró con pesadez—. Aquí tienes el hornillo, solo funciona uno de los fuegos. El termo se enciende con el botón rojo. Y la habitación es esa primera puerta a la derecha. El resto... ya lo estás viendo —concluyó señalando el salón diminuto en el que se encontraban y que constaba de un sofá, dos sillones de diferentes estampados y una estantería en la que había algunos libros antiguos y amarillentos.

—Bien, muchas gracias por el tour.

—No hay de qué, princesa —se burló.

—¿Puedes dejar de llamarme así?

—¿Has ascendido ya a reina?

—No tienes ni pizca de gracia.

Él se dirigió hacia la puerta principal. Andaba como si cada paso le supusiese un suplicio. Daisy pensó que debía de ser horrible vivir tan amargado y, luego, como era curiosa por naturaleza, se preguntó qué le habría ocurrido para acabar siendo así de idiota.

—Se me olvidaba: cuidado con las arañas.

—¿Qué? —Lo miró horrorizada.

—Y con los ratones. Hay bastantes.

Quiso gritar, pero antes de que pudiese añadir algo más, vio que Luke sonreía mientras cerraba de un portazo. ¡Maldito estúpido! Tan solo quería asustarla. Por la ventana del salón, contempló cómo se alejaba tan seguro y pagado de sí mismo. Los tipos como él estaban destinados a fastidiarles la vida a las chicas que cometían el error de caer en sus redes. No era difícil imaginar la ristra de corazones rotos que Luke habría dejado a su paso.

Daisy procuró no pensar más en él durante el resto del día. Estuvo entretenida deshaciendo su equipaje y ordenando la ropa en el armario. Sacó su guitarra y el reproductor de música, la única tecnología de la que dispondría durante los próximos meses porque, en efecto, el teléfono no daba señal. Estaba completamente aislada. Iba a ser toda una experiencia no tener apenas contacto con nadie de su vida real, porque aquello parecía precisamente un mundo alternativo, como una especie de ensoñación.

Aquel primer día fue un poco complicado.

Cogió de forma instintiva el teléfono más de quince veces con la intención de ver si le habían mandado algún mensaje o echarles un vistazo a las redes sociales. Siempre parecía sorprenderse al recordar que no tenía cobertura ni acceso a internet. Supuso que se acostumbraría con el paso del tiempo y que su móvil pasaría a no ser una extensión de su mano. Probablemente estaba demasiado enganchada a las nuevas tecnologías.

En la despensa de la casa tan solo encontró un poco de café, un cartón de leche sin abrir, unas galletas con forma de ositos y mermelada de moras.

Distraída, mojó las galletas en la mermelada, aunque sabía que era una guarrería. Pasó el resto de la tarde en el sofá, comiendo, pensando y mirando la guitarra que había dejado en un rincón y que todavía no había tocado, porque lo último que se sentía era inspirada.

Había empezado a anochecer cuando llamaron a su puerta.

Abrió y se encontró con Violet y su sonrisa permanente. La mujer tenía las mejillas sonrosadas, pese a que las temperaturas calurosas del día habían descendido bastante al llegar la oscuridad. Una especie de búho o pájaro grande ululó cerca de ellas.

—Pasa —la invitó con timidez.

—Gracias. Solo quería asegurarme de que estabas bien, hoy ha sido un día ajetreado y no he podido venir antes. Espero que todo esté en orden y a tu gusto.

—Lo está. Por cierto, ¿no hay internet? —Quiso asegurarse.

—No, querida. —Violet intentó no reírse—. Sé que ahora echas de menos algunas cosas que forman parte de tu vida, pero hazme caso, en unas semanas te habrás olvidado de todas esas nimiedades y descubrirás que no eran tan importantes como creías.

—Imagino que tienes razón. —Suspiró.

—Espero que Luke haya sido amable contigo.

—Uy, bueno, podría decirse que tiene un concepto de *amabilidad* un tanto atrofiado, pero no se lo tendré en cuenta. ¿Él también participa en el negocio?

—No exactamente, aunque me ayuda con algunas cosas. Cuando llega el invierno, se necesitan hombres fuertes y capaces para cortar la leña, cargarla, apartar la nieve o arreglar los desperfectos. Luke es capaz de solucionar cualquier contratiempo.

—¿Vive aquí en invierno?

La idea fue toda una sorpresa. Había dado por hecho que Luke estaría allí de forma más o menos provisional, como ella. Que un hombre como aquel pasase todo el año en el culo del mundo

le resultaba asombroso. Estaba segura de que, si se dejaba caer por cualquier cafetería de Los Ángeles, un cazatalentos lo ficharía como modelo en menos de cinco minutos. Por no hablar del éxito que podría tener entre las mujeres...

—Claro que sí, ¿dónde si no?

—Pues... no lo sé. —Enmudeció y le dio vueltas—. La gente joven siempre suele irse a las ciudades, ¿no? Es uno de los problemas de hoy en día.

—Oh, en algunos casos es al revés: huyen de la ciudad.

—¿En serio? ¿Por qué? —Quiso saber.

—Por lo mismo por lo que tú estás aquí. —Violet fue bastante cortante pese a su mirada dulce y amable—. Una de nuestras normas es no hacer preguntas. ¿Ves todas esas cabañas? —Señaló la ventana—. Algunas están ocupadas durante todo el año por gente que vive en este lugar de forma indefinida, Luke entre ellos. Otras son para huéspedes temporales, como es tu caso. Resultan mucho más interesantes a nivel económico. Pero este es un sitio especial, un refugio para muchos, no tan solo un destino turístico.

—Lo entiendo. La ubicación es preciosa.

—Gracias. Me ha costado mucho esfuerzo levantar este negocio, casi una vida entera podría decirse. Estoy bastante orgullosa del resultado.

Violet le dio algunas indicaciones más, como que Luke o Robert podrían acercarla puntualmente al pueblo si en algún momento ellos iban. O que tuviese cuidado con Alfie, un octogenario que vivía dos cabañas más allá y que era un poco cascarrabias. Le habló de Hanna y Susie, una madre y su hija pequeña que vivían en una de las primeras cabañas, y le comentó que todos los visitantes valoraban su intimidad, como era de esperar.

Cuando la mujer se marchó, Daisy se quedó un rato pensando en sus palabras y después se sentó en el sofá. En algún momento, presa del cansancio, se quedó dormida.

3

Despertar en *Forrestday* no tenía nada que ver con el hecho de hacerlo en la ciudad. No se oían pitos ni coches, ni el ir y venir de la gente. Tan solo se escuchaba el cantar de los pájaros y el suave silbido del viento colándose entre los árboles.

Daisy estiró los brazos y se puso en pie.

Tenía ganas de empezar de cero. Y un nuevo día era el momento perfecto para hacerlo. Fue a la cocina y se comió las galletas que le quedaban con mermelada. Después se propuso darse una ducha, pero, aunque Luke le había asegurado que la cabaña disponía de agua caliente, no hubo manera de conseguir que dejase de estar helada.

Al final, se resignó, se vistió con unos pantalones vaqueros cómodos y una blusa fina, y salió a la calle. Se quedó unos segundos en el porche disfrutando de las vistas. Distinguió a lo lejos a un hombre que iba con bastón y supuso que se trataría de Alfie. En algunas cabañas se entreveía que había vida en su interior, pero la naturaleza lo impregnaba todo. El cielo, por fortuna, era de un agradable azul cobalto y estaba lleno de esponjosas nubes.

Se dirigió decidida hacia la cabaña principal.

Violet estaba tras el mostrador, tejiendo algo.

—Hola, querida, ¿has pasado una buena noche?

—La verdad es que sí, he dormido genial —admitió—. Pero esta mañana no he conseguido que funcionase el calentador. Me temo que debe de estar averiado.

—Tranquila, seguro que tiene solución. Ve a buscar a Luke y cuéntale lo que ocurre, él se encarga de todo eso. Vive en la cabaña que está al lado de la tuya, no hay pérdida.

—Esto... mmm, de acuerdo.

No lo dijo demasiado convencida porque la idea de volver a ver a Luke no le entusiasmaba precisamente. Sin embargo, se despidió de Violet tras charlar un rato más y regresó sobre sus pasos. La casa de Luke era igual que las demás, de madera y con el tejado a dos aguas. En el porche tenía una mesa vieja, un hacha que probablemente usaría para ir a por leña y algún que otro trasto más que Daisy no supo identificar.

Llamó a la puerta con los nudillos porque no había timbre.

Ya estaba a punto de dar media vuelta y marcharse, cuando Luke abrió y se quedó mirándola como si fuese una pelusa en sus zapatos. Casi parecía consternado al verla allí.

—¿Qué quieres? —soltó con brusquedad.

—No funciona mi calentador.

—Ya te expliqué cómo iba.

—Sí y yo he seguido todos los pasos. —Empezaba a irritarle tener que aguantar el mal humor de aquel hombre—. Y sigue sin ir. No hay agua caliente.

—¿Seguro que has apretado el botón?

—¿Crees que no sé hacer algo así?

Luke puso los ojos en blanco y ella odió que hiciese eso. Luego, él le cerró la puerta en las narices y entró en su casa. Daisy se estaba preguntando si le había dado plantón, cuando abrió otra

vez y salió con las llaves en la mano. Su pelo seguía tan alborotado como el día anterior, llevaba también vaqueros, esta vez más oscuros, y una camiseta blanca que dejaba entrever que estaba en forma. Ella lo siguió y juntos se adentraron en su cabaña.

—Veamos... —Luke fue hacia el calentador y apretó el botón. Después, con una estúpida sonrisita de suficiencia, abrió el grifo del agua esperando a que saliese caliente, pero, como bien sabía Daisy, eso no ocurrió. Él frunció el ceño—. Qué demonios...

—Te dije que no funcionaba —repitió ella con retintín.

Luke no contestó. Apretó de nuevo el botón, obcecado en que debería funcionar. Repitió el mismo proceso una y otra vez y, finalmente, con un suspiro, quitó la tapa del calentador y le echó un vistazo, inspeccionándolo más a fondo.

Daisy esperaba de brazos cruzados.

Eso sí, intentaba no mirarlo demasiado, aunque era complicado no hacerlo. Tenía unos hombros anchos y una cintura estrecha. Los pantalones le venían algo grandes y se le escurrían por las caderas. Parecía... ágil. Muy ágil. Seguro que lo era en todos los aspectos de la vida. Qué desperdicio de hombre. Tanto paisaje para tan poco cerebro.

—Mierda. Creo que se ha jodido.

—¿En serio, Sherlock? —bromeó.

—Sí, princesa. No tienes agua caliente.

—Bueno, pues alguien tendrá que arreglarlo. Violet dice que esa es precisamente tu función aquí. ¿Cuándo crees que estará listo? Necesito darme una ducha.

—Me temo que hay que cambiar una pieza.

—Y eso qué significa.

—Que vas a oler a vaca una temporada.

A Luke parecía divertirle la situación. Volvió a ponerle la tapa al calentador mientras ella protestaba a su espalda y lo seguía hasta la puerta. Salieron de allí, él caminando unos pasos por delante, ella gritándole lo primero que se le pasaba por la cabeza. ¿Cómo podía ser tan arrogante, estúpido y engreído? ¿Por qué los hombres siempre pensaban que el mundo les pertenecía y que podían ir por ahí haciendo y deshaciendo a su antojo?

Cuando se dio cuenta, estaban en la recepción, frente a Violet.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó la mujer sorprendida.

—Se ha jodido una pieza, pediré una de repuesto.

—Y pretende que no me duche hasta que llegue.

—La princesita está acostumbrada a tenerlo todo.

—¿Perdona? He pagado mi estancia, ¿comprendes?

—Y con dinero puedes comprar cualquier cosa, claro...

—¡Basta, niños! —Los reprendió Violet—. Qué cantidad de sandeces estáis diciendo, sobre todo tú, Luke. De hecho, sería muy amable por tu parte ofrecerle tu ducha a Daisy hasta que solucionemos el problema. A fin de cuentas, eres su vecino más próximo.

—¿¡Mi ducha!?! —Parecía horrorizado.

—Sé generoso, Luke —le insistió.

—Joder —masculló el—. Bien.

Después salió de la cabaña dando un portazo. No parecía estar siendo generoso, más bien se había resignado ante la mirada de advertencia de Violet, que se comportaba como si fuese su madre o algo por el estilo. Daisy se sentía violenta e incómoda.

—No quería causar problemas...

—No te preocupes, no es culpa tuya. Es solo... bueno, Luke es un chico muy especial, aunque no lo parezca. Arrastra lo tuyo, como todos aquí. Puedes ir a ducharte a su casa.

Daisy asintió y volvió a la cabaña. Tenía la sensación de que desde que había llegado allí sus horas habían consistido en un ir y venir de una casa a otra. Cogió ropa limpia y metió su champú, el gel y algunas cremas más en una bolsa antes de acercarse a la casa que estaba al lado. Esta vez, Luke la recibió todavía de peor humor, pero se apartó para dejarla entrar.

—Adelante, princesa. El baño está a la derecha.

—¿Puedes dejar de llamarme así? Gracias.

—Por desgracia para ti, no soy uno de tus súbditos a los que puedas pagar para que hagan lo que quieres. Conozco a las chicas como tú, acostumbradas a tenerlo todo.

Daisy se giró antes de llegar al baño y se enfrentó a él.

—¿Qué sabrás tú de mi vida? No tienes ni idea.

—Sí que la tengo. —La miró con amargura de la cabeza a los pies—. He visto esto antes muchas otras veces, por aquí pasan todos los meses copias de ti. Jóvenes que pensaron que tenían el mundo a sus pies gracias al éxito y que al final el mundo se las comió a ellas.

—Eres un completo imbécil.

Daisy estaba temblando cuando se dio la vuelta bruscamente y chocó con el marco de la puerta. Sus enseres personales salieron por los aires y cayeron alrededor. Se agachó con lágrimas en los ojos, sintiéndose de pronto triste y humillada, y empezó a recoger las cosas que se le habían caído. Se suponía que la habían mandado allí para que pudiese recuperarse, no para hundirse todavía más. Y por un instante había albergado la esperanza de que quizás, solo quizás, realmente encontraría un resquicio de paz en aquel lugar.

Pues bien, estaba visto que no.

Luke cogió una de sus cremas.

—Para el contorno de ojos... —dijo burlón y se la dio. Daisy se la arrebató de las manos de un tirón e intentando no mirarlo, pero él se dio cuenta entonces de las lágrimas que resbalaban por sus mejillas—. Mierda. Oye, yo no pretendía...

—Haz el favor de dejarme en paz —espetó Daisy.

Después entró en el baño y cerró la puerta de golpe. Puso en pestillo porque no se fiaba de él en absoluto y se dejó caer al suelo, abrazándose las rodillas. Entonces se permitió llorar con ganas. Los últimos meses habían sido... un desastre. Y ella, que siempre era sensata, mantenía la calma e intentaba hacer las cosas bien, se había esforzado por seguir estable. Pero no podía más. Ya está. Había tocado fondo del todo. Su vida estaba arruinada.

Luke tenía toda la razón y eso que ni la conocía.

El mundo se la había comido. Y de un bocado.

Estuvo tanto tiempo hundida en el suelo de aquel cuarto de baño que casi olvidó para qué había ido allí. Luke llamó un par de veces a la puerta preguntándole si estaba bien y sonaba preocupado, pero Daisy no se molestó en contestar. No se lo merecía. Al final, se despojó de la ropa lentamente y se metió debajo del agua caliente.

Fue reconfortante. Necesitaba esa ducha después del viaje.

Pero no la animó demasiado. Cuando salió y se vistió, seguía sintiéndose triste, apagada y gris, profundamente deprimida. ¿Cómo iba a salir de aquella? ¿Quedarse allí escondida solucionaría el desastre en el que se había visto metida? Lo dudaba.

Lo último que le apetecía era ver otra vez a Luke, pero tuvo que hacerlo. Abrió la puerta del cuarto de baño intentando no hacer ruido, por si existía la remota posibilidad de poder huir de su

casa sin despedirse siquiera de él, pero tardó poco en descubrir que no.

Luke apareció en el pasillo.

Llevaba las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros y una expresión indescifrable cruzaba su rostro. Parecía entre arrepentido y confuso, todo a la vez.

—Yo... lamento lo de antes...

—No hace falta que te disculpes.

Entonces la sujetó del brazo y ella se quedó paralizada por un instante mirando sus dedos rodeándole la muñeca. El tacto de su piel era cálido y agradable.

—Creo que sí. Me he comportado como un estúpido.

—Eso no pienso discutirte —replicó ella.

—Entonces, ¿estoy perdonado? —insistió.

—Mmm... —Daisy se llevó un dedo a los labios con cierta picardía—. ¿A cambio de un viaje al pueblo en coche? Sí. Eso o algo para comer, como prefieras. No tengo nada.

—¿Nada? —La miró consternado.

—No, la despensa estaba vacía...

—Qué raro, Violet suele acordarse de meter algunas cosas... —Se rascó la cabeza, distraído—. Se lo diré, no te preocupes. Y en cuanto a ese viaje al pueblo... iré esta tarde.

—Genial. Gracias.

Le sonrió, probablemente por la primera vez. Daisy estaba a punto de alcanzar el pomo de la puerta para marcharse cuando él le habló otra vez.

—¿Y qué piensas comer?

—Pues... ¿una taza de café?

—Quédate. Prepararé algo.

Y así fue como Daisy terminó sentándose en uno de los taburetes de madera que había en la cocina de Luke poco después, tras ir a dejar sus pertenencias en la cabaña.

4

Luke estaba un poco sorprendido consigo mismo. En primer lugar, porque normalmente no dejaba que su mal humor lo controlase cuando se trataba de las visitas temporales; estaba acostumbrado a ignorarlas. Y en segundo lugar porque cuando había visto llorar a Daisy por culpa de sus palabras se había sentido tan mal que desde entonces tenía un nudo en la garganta que no conseguía que desapareciese.

En apariencia, la chica que estaba sentada en uno de los taburetes de su minúscula cocina, no poseía nada especial. Era guapa, como casi todas las estrellas en apuros que pasaban por allí de vez en cuando. Tenía el cabello rubio, los ojos de un marrón chocolate y un rostro dulce con forma de corazón, lo que le daba un aspecto desafiante debido a su barbilla. Era de estatura media, no le sobraba ni le faltaba ningún kilo y tenía una voz ronca y femenina que a Luke le llamó la atención la primera vez que la oyó hablar.

—¿Huevos revueltos con jamón te va bien? —le preguntó.

—Me iría bien incluso una ardilla asada ahora mismo.

Luke apretó los labios para evitar reírse. Desde el día que su vida cambió, en realidad, sonreía más bien lo justo, casi cuando no le quedaba más remedio. En una estantería del salón guardaba uno de los pocos recuerdos que había rescatado de su vida anterior: un álbum que contenía fotografías. Sin embargo, rara vez se permitía abrirlo.

—¿Y no has comido nada desde ayer?

—Galletas con mermelada, pero las terminé.

—Muy nutritivo.

Daisy lanzó un suspiro mientras él salteaba los huevos en la sartén y sacaba una botella de agua de la nevera para servirle un vaso a su inesperada invitada.

—¿Tú por qué estás aquí?

—¿Violet no te ha hablado de las normas? —Inquirió Luke—. En este lugar a nadie le gusta hablar de su pasado. La razón por la que uno termina en un sitio como este es precisamente porque quiere escapar de todo lo que es.

—¿Y lo has conseguido?

—¿El qué?

—Escapar.

—Algo así.

Luke ignoró el peso que sentía en su corazón y volcó los huevos en un par de platos que colocó sobre la barra, delante de Daisy. Le dio un tenedor y, después, antes de probar el suyo, disfrutó viéndola meterse un trozo caliente en la boca y saboreándolo. Se sintió bien por haberla invitado a comer junto a él, pesar de que no era algo que hiciese a menudo.

Se había acostumbrado a vivir solo.

A veces hablaba con Violet, en ciertas ocasiones con Alfie o con Hanna y la pequeña Susie, pero, en general, Luke no se relacionaba demasiado. Al menos, no de una manera profunda. En el pueblo había un bar donde acudía muy de vez en cuando a tomarse algo y escuchar viejas historias

de otros clientes, sobre todo cuando en invierno hacía mucho frío, pero en general prefería la compañía de la naturaleza y el silencio. Le gustaba caminar por los bosques que rodeaban las cabañas, nadar en el río, ir de pesca, partir troncos con un hacha o usar las manos para cualquier cosa y así mantener la cabeza ocupada.

—Así que eres el chico de mantenimiento.

—Podría decirse que sí.

—Y lo de hablar no va contigo.

—Has tardado en deducirlo.

Daisy no parecía dispuesta a darse por vencida.

—¿Estás casado? —preguntó.

Luke alzó las cejas y la miró divertido.

—Depende, ¿estás en contra del adulterio?

—¿Qué? No, yo no pretendía... agh, déjalo.

Le gustaba hacerla cabrear, era estimulante. ¿Cuánto tiempo hacía que no se sentía así? Por allí habían pasado muchos chicos y chicas como ella, sí, pero ninguna le había resultado tan graciosa. Daisy arrugaba la nariz cuando algo le molestaba y a él le encantó el gesto. En realidad, para ser justo, le parecía atractiva, aunque no era su tipo. Esto se debía a que Luke tan solo tenía un tipo: mujer desconocida de las afueras con la que relacionarse muy de vez en cuando. No le importaba conducir más de media hora si era necesario. La última chica con la que había tenido un lío esporádico vivía a varios pueblos de distancia y se veían una vez al mes o a veces dos, según le daba. No hablaban apenas; ella era camarera de un pub, él la había conocido una noche cualquiera. Se acostaban juntos y se daban algo de cariño, pero Luke nunca intimaba con ninguna de sus conquistas y tampoco tenía intención de hacerlo.

En un par de ocasiones se le habían insinuado un par de visitantes temporales: la primera fue Alexa Smith, una modelo que había armado un escándalo con su agencia y a la que habían mandado allí para que se calmasen las aguas. Luke la rechazó amablemente. La otra fue Persia Thomson, una joven actriz que había enloquecido después de no conseguir que le diesen un papel y que había arrasado con las reservas de alcohol de medio país. Luke tuvo que decirle que no en tres ocasiones y, finalmente, se limitó a evitarla a toda costa.

Ambas eran preciosas, pero él sabía que esas chicas solo traían problemas. De hecho, todos los que acababan allí los tenían, era precisamente la razón de que ese lugar existiese.

—Muchas gracias por los huevos —dijo Daisy levantándose.

—No hay de qué. ¿Te acompaño a la puerta?

Se reprendió por ser un poco cortante, pero quería dejarle claro que había unos límites y que, en esencia, no eran ni iban a ser amigos. Ella asintió sorprendida, pero no dudó antes de bajar del taburete y dirigirse hacia la salida. Luke la despidió allí.

—¿A qué hora debo estar lista?

—A las seis —respondió él.

—De acuerdo, hasta luego.

Luke cerró antes de que ella bajase los escalones del porche. Volvió a la cocina, se terminó los huevos que habían sobrado y se metió en la ducha. Por alguna razón estúpida, cuando estaba debajo del chorro del agua recordó que instantes antes Daisy había estado justo ahí, desnuda dentro del pequeño habitáculo. Eso le excitó. Y no le gustó. Apoyó una mano en la pared de la ducha y movió la otra en torno a su miembro buscando un alivio rápido. Al dejarse ir, pensó en ella. En lo delicioso que sería estar entre sus piernas. Y en lo imposible que eso era. Él sabía

contenerse, era un experto en eso.

Cuando se vistió, se encargó se algunos trabajos que tenía pendientes. Fue hasta la casa de Alfie, que salió con su bastón cuando lo vio llegar por la ventana.

—¿Qué quieres ahora? —gruñó, era un cascarrabias, pero a Luke no le importaba, porque una vocecita le decía que probablemente él acabaría así cuando envejeciese.

—Ya lo sabes, vengo a seguir arreglándote el tejado.

—Me molesta más el ruido de tu martillo que las goteras.

—Venga, Alfie, no dirás lo mismo en invierno.

—Para entonces ya estaré muerto.

—Alfie, déjame trabajar.

El hombre se pasó la siguiente hora quejándose de esto y de aquello, pero Luke le dejó estar porque sabía que era su manera de comunicarse. De vez en cuando, le contaba cosas sobre la guerra, o la mujer que había perdido, los hijos con los que no se hablaba o el cáncer que había superado hacía unos años. Luke siempre se esforzaba por prestarle atención. Sabía muy bien lo que era sentirse solo y no tener a nadie con quien hablar.

El sol ya había perdido fuerza cuando se dio cuenta de que eran las seis. Recogió su caja de herramientas y se encaminó hacia su cabaña. Daisy estaba sentada en los escalones como una niña, esperándolo. Le hizo gracia que fuese tan puntual.

—Llegas diez minutos tarde —se quejó.

Luke no respondió. Abrió la puerta para guardar sus cosas y cogió una camiseta limpia. Se quitó la otra cuando ya estaba en el porche, mientras los ojos atentos de Daisy recorrían las líneas de su torso. Una vez estuvo listo, señaló su vieja camioneta.

—¿Vienes o no?

—Pues claro.

La vio forcejear con la puerta del copiloto y al final fue y se la abrió de un tirón porque estaba un poco atascada. Daisy murmuró entre dientes que no necesitaba ayuda y subió. Juntos, se alejaron de aquel refugio en medio del bosque para ir al pueblo.

El lugar apareció poco más tarde.

Apenas eran un conjunto de casas viejas, la mayoría con un jardín trasero destartado y un porche desde el que sus habitantes parecían observarse entre ellos asentados en sillas mientras tomaban un refresco, leían o tejían. Daisy se mostró sorprendida.

—Parece que estemos en los ochenta.

—No lo había visto así, pero sí. —Luke mantuvo la mirada clavada en la carretera, apenas la había mirado un par de veces, sobre todo porque le incomodaba recordar que había pensado en ella cuando estaba dentro de esa ducha—. El supermercado está justo ahí.

Más que supermercado era una tienda de comestibles.

Los dos bajaron del coche y se dirigieron hacia la puerta. Daisy se entretuvo sopesando cada tomate, pimienta y patata que metió en una bolsa. Cogió un par de paquetes de chips, pipas y una botella de limonada. Había pescado congelado y carne fresca debido a que la caza era algo habitual por la zona. Cuando Daisy había llenado ya un par de bolsas, dijo:

—Creo que voy servida.

—Bien. Yo te ayudo.

Luke le quitó las bolsas de las manos mientras ella buscaba su monedero para pagar. Después, regresaron al coche. Daisy preguntó si había algún lugar en aquel sitio donde pudiesen tomarse algo y él contestó que no con más brusquedad de lo que pretendía.

Estaba siendo amable con ella, sí.

Pero no quería intimar más. De hecho, ya sentía que había cruzado la línea. Así que agarró el volante con fuerza y se dirigió decidido hasta Forrestday. Los separaban un par de kilómetros de distancia del refugio cuando, de pronto, se escuchó un crujido y el coche paró.

—¿Has frenado tú? —preguntó Daisy.

—No. Mierda. —Abrió la puerta—. Espera aquí.

Luke salió del coche, abrió el capó e intentó ver algo con las luces del vehículo que estaban encendidas. Ya había anochecido. Daisy, por supuesto, no le hizo caso y se plantó a su lado. Había empezado a refrescar y vio que ella tiritaba de frío. Durante el día, el calor era agradable, casi abrasador, pero al caer la noche descendían las temperaturas.

—¿Lo tienes todo en regla?

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes, el aceite, refrigerante, pastillas de freno...

—Daisy, cierra la boca.

—Al menos ya me llamas por mi nombre.

Luke no se había dado cuenta hasta en ese momento, pero era cierto. El *princesa* inicial había caído en el olvido en el momento en el que acercaron posturas. Le echó un vistazo general, pero no vio nada fuera de lugar. Intentó arrancar el coche más de una docena de veces sin resultado. Finalmente, dentro del vehículo, apoyó la frente en el volante.

—Pediremos ayuda —dijo Daisy.

—Ah, ¿sí?, ¿cómo? No hay cobertura, este lugar está libre de estímulos, por si lo has olvidado. Y el único coche que podría pasar por aquí es el de Robert, cosa que no ocurrirá porque no le tocaba ir al pueblo. Así que... tendremos que dar un paseo.

—¿Paseo?

—¿Tenías que ponerte esas sandalias?

Daisy se miró los pies enfundados en unas bonitas tiras marrones con brillantitos de colores. Las había comprado en una tienda de segunda mano, porque le encantaban esos lugares a pesar de su abultada cuenta corriente. Se encogió de hombros.

—Son preciosas.

—Ya veremos si piensas lo mismo en unas horas.

Daisy odiaba profundamente esas malditas sandalias.

¿En qué momento se le ocurrió ponérselas para ir a hacer la compra a un pueblo de mala muerte? Los cinco centímetros de tacón no ayudaban a caminar por el límite del camino de piedra. Y las tiras se le clavaban en la piel, dejándole marcas y rozaduras. Si no intentase mostrarse tan entera delante de Luke, se hubiese echado a llorar como una niña pequeña.

—¿Falta mucho? —preguntó por quinta vez.

—Un par de kilómetros más. Ya casi estamos.

—Un par de kilómetros... —gimió dolorida.

—¿Estás bien?

—Sí —mintió.

—Toma.

Luke se quitó la chaqueta y se la lanzó. Daisy se la puso porque le castañeaban los dientes. Aquello no estaba siendo un resort relajante, eso desde luego, si no más bien una experiencia llena de aventuras. No tenía agua caliente, ni comida y ahora estaba perdida en medio del bosque con un hombre que gruñía constantemente y a veces parecía odiarla.

A veces ululaban cerca las aves. En otras ocasiones, Daisy creía ver animales salvajes entre las sombras y temía que apareciese un oso o algo peor y los devorase a los dos. Cuando se lo dijo a Luke, él contuvo una carcajada y le contestó:

—Es probable, sí.

—Eres un idiota.

—Me lo pones en bandeja, Daisy.

En ese momento, algo se movió entre la maleza.

—¿¡QUÉ HA SIDO ESO?!

—No hay nada que...

Luke enmudeció al ver unas hojas zarandearse.

Fue algo instintivo que Daisy corriese hacia él y lo abrazase sin pensárselo. Con ese cuerpo pegado el miedo se disolvió conforme fueron pasando los segundos. Un cuerpo que, dicho sea de paso, estaba tenso de los pies a la cabeza. Luke se quedó congelado cuando ella se asustó y le rodeó la cintura con los brazos. Casi se olvidó de lo que fuese que se había movido entre la maleza instantes atrás. No correspondió el contacto, pero tampoco fue capaz de apartarla. Se dio cuenta entonces debido a su cercanía a que el cabello olía a su champú.

—No era nada —dijo.

—Eso parece... —Daisy se apartó lentamente—. Ay.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Nada. Sigamos.

—Daisy...

—Me duelen los pies.

—Déjame ver.

Luke enfocó sus sandalias con la linterna. Los tenía en carne viva, con las tiras cruzando de lado a lado y creando sobre su piel una marca rojiza y ensangrentada.

—Joder, Daisy.

—Puedo aguantar.

Él la ignoró. Se colocó delante de ella y se agachó.

—Sube.

—¿Qué?

—Sube en mi espalda.

—No.

—Deja de darme problemas, Daisy.

—¿Yo doy problemas? Tú eres un testarudo...

—Quedan dos kilómetros —le recordó.

Y eso fue suficiente para que finalmente Daisy se rindiese y trepase por esa musculosa espalda hasta subirse a caballito. Le rodeó el cuello con los brazos y la cintura con las piernas, que él sujetó con decisión mientras se incorporaba y echaba a andar. Ella se ocupó de alumbrar el camino con la pequeña linterna de repuesto que Luke llevaba en el coche, justo donde había tenido que dejar toda su compra, incluidos los congelados.

Notando contra ella el calor de su cuerpo, Daisy fue incapaz de ignorar las líneas duras de aquella espalda sobre la que estaba sujeta. El cabello oscuro de Luke olía a limpio y había un aroma desconocido en su piel que le resultó delicioso. Daisy intentó recordarse que era un hombre, un hombre muy atractivo, justo lo que le había traído hasta aquel lugar tras llenarla de problemas; pero, desde luego, Luke no era como los tíos con los que ella había salido hasta entonces. En lugar de intentar conquistarla o flirtear abiertamente, parecía decidido a evitarla y mantener las distancias, como si hubiese trazado una línea divisoria entre los dos. Además, era salvaje y solitario. Parecía casi peligroso hasta que lo tratabas de cerca.

Cuando llegaron al refugio, Daisy se bajó de su espalda.

—Gracias por todo... —le dijo en voz baja.

—No hay de qué. —Luke pasó junto a ella.

Se abrieron camino entre las casas de madera que los rodeaban cuando, de pronto, se abrió una de ellas y una mujer de unos treinta y cinco años apareció por la puerta.

—¡Luke! ¿Dónde has dejado el coche?

—Por ahí. Se ha jodido. Mañana iré a buscarlo.

La mujer desvió la mirada hasta Daisy. Tenía una sonrisa amable, el cabello rubio recogido en una coleta informal y era menuda y rolliza.

—¿Por qué no entráis a cenar? He preparado pollo para abastecer a medio pelotón, seguro que os vendrá bien reponer fuerzas.

—Estamos bien, Hanna...

—Yo tengo hambre —lo cortó Daisy.

Luke puso los ojos en blanco, pero siguió a la joven hasta el porche y esperó pacientemente mientras ellas se presentaban. Una vez dentro de la cabaña de madera, la voz aguda de Susie llenó el salón cuando apareció corriendo y se lanzó sobre él, que cogió en brazos a la niña de siete años de sonrisa desdentada.

—¡Luke! ¿Te quedas a cenar?

—Eso parece...

—¡Bien! ¡Jugaremos a las cartas!

—¿No te cansas de perder, renacuaja?

Media hora después, los cuatro estaban reunidos alrededor de una mesa sencilla de madera y comiendo pollo al horno con patatas y queso gratinado. Daisy tenía tanta hambre después de aquellos días de escasez que estuvo a punto de comerse la mitad del animal y tuvo que contenerse para no parecer una maleducada. Felicitó a Hanna varias veces.

—Está delicioso, de verdad. Increíble.

—Cualquiera diría que en tu entorno solo te alimentan con canapés —se burló Luke mientras les servía a todos un poco más de agua mineral.

—Mejor eso que serrín. Hay estudios que demuestran que del estómago pasa al cerebro y se queda ahí para siempre. Supongo que es tu caso.

—¡Bang, tocado y hundido! —exclamó Susie.

Luke negó con la cabeza, pero se le escapó una sonrisilla que no le pasó inadvertida a Hanna. Pese a todas sus reservas le gustaba ese tira y afloja que se traía entre manos con Daisy. Le gustaba demasiado. Mientras la veía devorar el pollo y escuchar las historietas de Susie con absoluta fascinación, Luke empezó a preguntarse por qué estaba ella allí, cuál era la piedra que llevaba auestas sobre la espalda. Y la curiosidad es siempre el primer error.

Normalmente, casi todas las personas que pasaban por allí tenían problemas emocionales. La mayoría estaban relacionados con los excesos: bebida, drogas duras, demasiadas fiestas hasta el amanecer. Aquel refugio les recordaba que la vida real seguía su curso lejos del ajeteo nocturno. Era un primer paso para que accediesen a desintoxicarse o, por el contrario, el último paso tras pasar por una clínica, un oasis antes de volver a enfrentarse a la rutina. A veces se trataba de ego: famosos que habían perdido el contacto con la realidad y necesitaban volver a recordar cómo eran sus vidas antes de tenerlo todo.

Miró a Daisy intentando desentrañarla, pero no lo logró.

Cuando terminaron la cena, Luke se entretuvo jugando con Susie a las cartas. Lo hacían todas las semanas desde que la pequeña había crecido lo suficiente como para entender el juego. A él le gustaba porque cuando pasaba el rato con Susie no pensaba en nada, los viejos fantasmas desaparecían y tan solo se concentraba en lo que tenía delante. La había visto crecer, además. El día que Hanna llegó allí todavía con el ojo morado y una costilla rota, la pequeña Susie tenía tan solo tres años y estaba muy asustada. Las dos huían de un hombre maltratador que les había hecho la vida imposible. Violet las acogió en una de las cabañas y les dio refugio durante años a cambio de que Hanna se ocupase de la limpieza de las casas que se alquilaban a los huéspedes. Todos los inquilinos fijos del refugio colaboraban de una manera u otra en el mantenimiento de aquel lugar.

—Te ayudo a fregar los platos —dijo Daisy.

—No es necesario, de verdad. Tranquila.

Al final, insistió y Luke las escuchó cuchichear desde la cocina mientras Susie le ganaba la tercera partida. Ya era tarde cuando se despidieron de las dos anfitrionas y se dirigieron hacia sus respectivas cabañas, la una junto a la otra. Daisy aún iba arrebujaada en su chaqueta y, al llegar a la puerta, se la quitó para devolvérsela. Luke la cogió. Estaba caliente.

—Gracias por el viaje al pueblo, aunque haya terminado así.

—Mañana, cuando vaya a por el coche, te traeré la comida.

Daisy le sonrió y él se alejó de ella hacia su casa de madera. Cuando la joven entró en su hogar temporal, cogió una de las mantas del sofá y se tapó con ella antes de dejarse caer sobre el mullido cojín y quitarse las malditas sandalias. Se dijo que el sufrimiento merecía que las tirase a la basura, pero no fue capaz. Permaneció en silencio contemplando la pared. Allí no había

televisión. Su móvil seguía sin dar señales de vida. Fuera, se escuchaba el canto de las cigarras y de algunas aves nocturnas. Contempló la guitarra que había dejado apoyada en la pared el día que llegó y pensó en cogerla, pero se quedó sin respiración ante la mera idea de hacerlo. No podía. Era superior a sus fuerzas. Así que se quedó sentada sin moverse.

¿Y si no conseguía volver a componer nunca más?

¿Y si Paul y sus mentiras la habían arruinado para siempre?

A Daisy no le importaba la fama, el dinero y el éxito, pero la música siempre había sido su salvación, el lugar donde se sentía segura y aquello a lo que acudía siempre.

Se le escapó una lágrima mientras se tumbaba en el sofá. Decidió que dormiría allí. Las ramas de un árbol se movían a través de la ventana del salón y, antes de caer en un sueño profundo, no pudo evitar recordar el roce del cabello de Luke contra su mejilla mientras iba subida a su espalda y el aroma masculino y delicioso que desprendía su cuerpo.

6

A las once de la mañana, Daisy estaba a punto de subirse por las paredes.

Al despertar, había visto una nota bajo su puerta y, tras abrirla, descubrió que Luke le había dejado un pequeño cesto con algo de comida para desayunar. Le pareció un gesto pequeño pero encantador. Empezaba a encariñarse con ese hombre que días atrás la llamaba *princesa* y que parecía malhumorado a todas horas. Por fuera parecía duro, por dentro era evidente que era de lo más dulce. Así que Daisy desayunó bizcochitos envasados de naranja, un vaso de zumo de naranja y un café con leche. Después se vistió, se arregló el pelo y salió a dar un paseo por los alrededores (esta vez con zapatillas deportivas).

Cuando regresó, tan solo eran las once.

Y en esas estaba ahora, intentando decidir qué más podía hacer durante el resto del día. El tiempo pasaba muy lento lejos de la civilización y de la tecnología. Hanna estaba limpiando una de las casas, Alfie la había saludado con la cabeza cuando pasó junto a su cabaña, Susie estaba en el colegio del pueblo y Luke andaba desaparecido.

Por eso Daisy acabó acercándose a la recepción.

Allí se encontró a Violet, que miraba el libro de cuentas con unas gafas de medialuna y gesto ausente. Se las subió a la cabeza cuando la vio aparecer y le sonrió.

—¿Qué tal estás, querida?

—Bien, gracias.

—Luke me ha contado vuestra aventura de ayer.

—Sí, fue un paseo de lo más relajante —bromeó.

—Los imprevistos son lo mejor de la vida.

—Supongo. —Daisy se encogió de hombros.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Tan solo me preguntaba... ¿qué hace todo el mundo por aquí durante tantas horas?

—Pues estar en paz con la naturaleza. Leer, pasear, cocinar, ir a pescar, bañarse en el río o lo que sea que te guste hacer. ¿No tienes ninguna afición?

La música. Daisy se tragó las palabras.

—No.

—¿Te dejo un par de novelas?

—Vale.

—Acompáñame.

Violet se metió por una puerta lateral separada de la recepción gracias a una cortina de tela y Daisy la siguió. Se sintió como una intrusa al entrar en lo que parecía ser su hogar; estaba decorado con mimo, aunque todos los muebles eran sencillos y sin grandes florituras. En el salón había una librería enorme y Violet le dijo que se sintiese libre de coger lo que quisiese. Se quedó un buen rato mirando los títulos antes de seleccionar un par.

—Buenas elecciones. Este es muy entretenido.

—Ya te contaré cuando lo termine —dijo mirando a su alrededor—. Por cierto, ¿cómo se te

ocurrió crear este lugar? Todo es precioso. No se parece a ningún otro sitio en el que haya estado, no es solo por la naturaleza, es como si tuviese alma...

—Me alegra oírlo. He invertido todos los esfuerzos de mi vida en este sitio. Verás, como te dije, todos los que acabamos aquí tenemos una historia a nuestras espaldas. La mía es la siguiente: cuando tenía veinte años me enamoré locamente de un hombre llamado Bert.

—Te escucho.

Daisy la siguió de nuevo hasta la zona de recepción.

—Al final, ese hombre se convirtió en mi marido. Fuimos muy felices, aunque nunca pudimos tener hijos. Así que nos dedicamos a otras cosas, como viajar e invertir en colecciones de arte. En uno de esos viajes llegamos hasta aquí.

—¿Y ya era así?

—Oh, ni por asomo. —Violet se echó a reír—. Tan solo estaba en pie esta cabaña. Había un cartel que decía que estaba a la venta y Bert quiso llamar. Se quedó prendado de este lugar, decía que aquí se sentía en paz. El precio era irrisorio, de manera que la compramos. Decidimos que la restauraríamos y a él se le ocurrió la idea de abrir una especie de albergue en medio de la naturaleza, pensó que sería el negocio perfecto para cuando decidiésemos asentarnos, dejar de viajar tanto y jubilarnos.

—¿Y qué ocurrió?

—Murió inesperadamente cuando tan solo tenía cuarenta y tres años. Estábamos pasando una temporada en San Francisco, bajó a comprar unos bollos con canela que a mí me encantaban y lo atropelló una motocicleta. Falleció en el acto.

—Lo siento muchísimo, Violet...

—Han pasado muchos años, aunque en ocasiones tengo la sensación de que fue ayer, porque el dolor sigue ahí. Fue mi compañero de vida, un marido perfecto. No estaba preparada para despedirme de él. Cuando se marchó... todo me pareció gris. Ya no tenía interés en el arte ni en viajar. Y de pronto recordé esa casita que habíamos comprado alejada del mundo y me refugié aquí. La fui remodelando con mis propias manos.

—Eso es impresionante.

—Lo hice en honor a él.

—Debes de estar muy orgullosa.

—Lo cierto es que sí. —Violet sonrió con nostalgia—. Primero arreglé esta cabaña y después empecé a construir las demás. Lo hice con la ayuda de Alfie. Aunque ahora parezca un viejo cascarrabias, en su día era un hombre muy considerado que me echó una mano cuando yo no tenía apenas nada que ofrecerle, pues había gastado todos mis ahorros en este proyecto. Por eso ahora vive aquí, porque esto también es suyo: cuando falleció su esposa, sus hijos se hicieron con casi toda la herencia y se marcharon lejos. La vida a veces es cruel.

—En eso estamos de acuerdo.

—Después llegaron más, algunos se fueron con el tiempo. Hay gente que solo necesita un refugio temporal, como tú. Otros que han pasado aquí un par de años y después se han visto con fuerzas suficientes como para echar a volar de nuevo. Y unos cuantos que...

—¿Qué? —insistió para que siguiese.

—Que no quieren regresar nunca. Como Luke. O Hanna. Ahora este es su hogar. No están preparados para volver al mundo real. Es demasiado duro.

Daisy no dijo nada, pero una curiosidad insana fue creciendo en su interior. Podía intuir por qué una mujer huiría con su hija a un lugar perdido en el bosque, pero ¿Luke?, ¿qué razones

tendría un hombre como aquel para alejarse de la civilización? No parecía tener ningún problema grave, al menos en apariencia. Era joven, unos treinta y tantos años. Atractivo, con la cabeza bien amueblada, de lengua afilada y un vocabulario que revelaba que era inteligente.

—¿Luke no quiere marcharse?

—Me temo que no.

—¿Temes?

—Yo tengo una opinión. Él, otra.

—¿Y cuál es tu opinión?

—Mi opinión es que la vida nos pone a prueba, pero tenemos que encontrar la manera de conseguir saltar los baches y continuar adelante. Sobre todo, cuando aún tenemos un largo camino por delante. ¿No estás de acuerdo conmigo? ¿O acaso estás aquí por otra razón?

Daisy se mordió el labio inferior.

—No. Yo también conozco ese bache.

—Espero que no sea muy alto.

—Lo ha sido, pero creo que solo necesito tomar un poco de impulso para aprender a dejarlo atrás. El problema es que a veces cuesta verlo claro...

—Por eso estás aquí.

—Eso parece. —Daisy sonrió.

Cuando se marchó de la casa de Violet se sentía mucho más ligera. Era cierto: había encontrado baches en un camino que antes era liso, pero la vida era así. Aún no sabía cómo, pero conseguiría superarlo y dejar atrás a Paul y todos sus fantasmas. Solo era un hombre. Un hombre cruel y horrible. No le dejaría ganar, por mucho que le tentase la idea de rendirse y quedarse escondida para siempre huyendo del daño que él había hecho.

Dejó los libros en la mesa del salón.

Se acercó a la guitarra que todavía no había tocado hasta entonces y pasó un dedo por el mástil. Una de las cuerdas sonó con suavidad cuando la acarició, pero al escuchar la nota Daisy dio un paso hacia atrás y giró la cabeza. No había nada que deseara más en el mundo que coger esa guitarra, apoyarla contra su cuerpo y hacerla sonar, pero no estaba preparada.

Por eso buscó en su maleta un biquini, una toalla y metió en el bolso uno de los libros que Violet le había dejado. Después, decidida a aprovechar el tiempo que le quedaba allí, se internó entre los árboles dispuesta a darse un baño y tomar el sol.

Luke estaba malhumorado después de que Robert lo llevase hasta el coche e intentasen arrancarlo usando su batería. Lo habían conseguido al décimo intento y había dejado el vehículo en el taller de coches del pueblo. Cuando llamó a la puerta de Daisy cargado con las bolsas de la compra que ella había hecho el día anterior, nadie respondió.

Dejó las cosas en el porche y, después, salió a buscarla.

Hanna, Alfie, Violet y un par de huéspedes temporales negaron haberla visto en la última hora. Luke sabía que no podía haberse ido lejos y también que la zona no era peligrosa y su preocupación carecía de sentido, pero, aún así, se sentía inquieto.

Por eso salió a buscarla.

Se acercó hasta el riachuelo que cruzaba el bosque. Él iba allí casi a diario, tanto a pescar como a refrescarse, le gustaba darse un baño con agua helada. A veces se quedaba un buen rato escuchando el cantar de los pájaros y las cigarras e intentaba olvidar sus demonios.

No era la primera joven que encontraba allí, desde luego. Aquel lugar solían visitarlo chicas como ella en busca de un poco de sol, pero le impresionó verla tumbada sobre la toalla con ese diminuto bikini rojo que resaltaba sobre su piel. Se fijó en su cuerpo, ¿cómo no hacerlo? El cabello estaba esparcido alrededor de su cabeza y ella tenía los ojos cerrados.

—Daisy... —susurró para no asustarla, pero fue en vano.

La chica se incorporó de golpe y soltó un grito. Luego, cuando comprobó quién era el hombre que había susurrado su nombre, se calmó de inmediato. Luke sonrió.

—No quería interrumpir el momento, pero tienes la compra delante de tu puerta. Los congelados no se han salvado, debieron derretirse al amanecer.

—Oh, bueno, no importa. Muchas gracias.

—No hay de qué.

—¿Y el coche?

—En el taller.

Daisy contuvo el aliento cuando él pasó por delante de ella, se quitó la camiseta y la colgó de la rama de un árbol. Después, vio cómo se desabrochaba el botón de los vaqueros.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Yo? Desnudarme.

—Pero... Pero...

Él la ignoró. Por suerte, se quedó en calzoncillos antes de dirigirse hacia el riachuelo y lanzarse de cabeza. El agua en aquella zona era profunda. Daisy se acercó hasta la orilla y contuvo el aliento hasta verlo salir del agua unos segundos más tarde.

Se sentía como si estuviese asistiendo al rodaje de un anuncio de colonia. La luz del sol se reflejaba en el cabello oscuro de Luke y en su piel dorada por el sol, todo lo contrario a la de ella, que parecía que no había salido a la calle desde hacía años.

—¿No te animas? —la tentó él.

—Antes metí un pie. Bueno, miento, tan solo el dedo gordo. Está congelada.

Luke dejó escapar una carcajada y a ella le encantó el sonido ronco de su risa. Se dijo que debería permitirse reír así más a menudo. Le gustó ser la causante de ello.

—Venga, no seas gallina.

Él le lanzó agua con las manos.

—¡Oye, para! ¡Ahhh! ¡Mierda!

—Vamos, una, dos, tres...

Daisy echó a correr cuando adivinó las intenciones de él al verlo acercarse a la orilla, apoyar los brazos e impulsarse para salir. ¿De dónde había salido este hombre juguetón y dónde estaba el gruñón que ella había conocido días atrás? Porque casi lo prefería en esos momentos. No llegó ni al árbol más cercano antes de que él la atrapase entre sus brazos. Daisy pataleó, se quejó e imploró, pero Luke fue cruel. Se lanzó al agua con ella en brazos.

Estaba helada como un témpano.

Cuando Daisy sacó la cabeza a la superficie, tosió, y luego fue a por Luke sin dudar. Él le sujetó las manos con una sonrisa antes de que ella pudiese hacer nada.

—Pero ¿cómo te atreves?

—¿Vuelves a ser una princesa?

—¡Eres un idiota!

—Estabas deseando bañarte.

—Te voy a... voy a...

Pero no hizo nada. Tan solo se quedó ahí mirándole a la cara bajo el sol sin moverse. Él la mantenía sujeta porque hacía pie a duras penas. Sus cuerpos estaban pegados, de pronto, ella fue consciente de esa cercanía. El corazón le latió más rápido. Bajó la vista hacia los labios entreabiertos de él y se preguntó cómo sería besarlos. Estaba segura de que no se parecía en nada a Paul. Pero, cuando pensó aquello, se sintió indefensa y vulnerable.

Luke reaccionó al sentir que su cuerpo empezaba a responder el contacto íntimo entre ellos. Intentó mantener las distancias y la alzó con suavidad para dejarla de nuevo en el saliente de la orilla. Después, hundió la cabeza en el agua con la esperanza de disipar el deseo.

Se estaba comportando como un imbécil.

Para ser sincero, hacía siglos que él no era así: un hombre jovial, despreocupado y divertido. Ese era el antiguo Luke, antes de que su vida se desmoronase. Después, se convirtió en alguien mucho más arisco y cerrado, pero cuando esa chica estaba cerca parecía olvidarlo y las dos partes de su ser se fusionaban y solapaban.

—Lo siento —le dijo dándole la espalda.

—Ha sido una tontería —contestó ella.

Daisy se quedó sentada en la orilla balanceando las piernas en el agua mientras él daba unas cuantas brazadas aquí y allá. Casi parecía querer ignorar que ella estaba allí.

—¿Siempre vienes aquí a nadar?

—Sí.

—¿Incluso en invierno?

—Sí.

—¿No te da miedo que te ocurra algo?

—¿Cómo qué?

—No lo sé. Ahogarte, que se te lleve la corriente, morir por congelación...

—El agua fría rejuvenece, ¿no lo sabías?

—Las cremas también. Son más agradables.

Luke la ignoró y nadó un poco más con la esperanza de que sus músculos se desentumeciesen. Lo incomodaba tenerla ahí mirándolo. Hacía mucho tiempo que no se sentía así, normalmente era capaz de ignorar a cualquiera que tuviese alrededor, se había especializado en ello. Ya no era capaz de recordar la sensación de estar tan pendiente de lo que hacía otra persona, pero, mientras ella lo observaba, él se fijaba en la manera que tenía de cogerse las rodillas encogidas contra el pecho y en el tarareo suave de una canción.

—¿Qué cantas? —preguntó.

—¿Cómo? —Ella frunció el ceño.

—Estabas cantando hace un segundo...

—Ah, pues sí, no me había dado ni cuenta...

Daisy notó que se le secaba la boca al ser consciente de ello. Estaba tan acostumbrada a que la música formase parte de su vida que casi se le había escapado el ritmo de esa canción.

—Es una vieja canción que le gustaba a mi padre.

—¿Te llevas bien con él?

—Me llevaba, sí, pero murió. Casi todo lo que soy se lo debo a él. Le encantaba el country y, bueno, era un buen hombre. De esos que siempre hacen lo correcto. Quedan pocos. Quizá ninguno.

—Dejó escapar una risa amarga.

Luke alzó una ceja y apoyó los brazos en la orilla.

—Eso suena a mal de amores.

—¿Quién no lo ha sufrido?

—Ya. —Salió del agua.

Se quedaron los dos en silencio contemplando la naturaleza que les rodeaba. Daisy no podía ignorar las gotitas de agua que resbalaban por el hombro de Luke. Su piel masculina estaba bronceada por el sol y su cuerpo endurecido por el trabajo físico que llevaba a cabo en aquel lugar. Todo él le resultaba de lo más misterioso y atrayente.

—¿Y tú? ¿Te llevas bien con tus padres?

—Hace años que no hablamos.

—¿Un problema grave?

—No. Sencillamente tenemos formas distintas de ver la vida. Hubo una época en la que llegamos a congeniar, pero luego... —Se encogió de hombros—. Es lo que hay.

—¿Cómo son?

Luke permaneció pensativo unos segundos. Hacía mucho, muchísimo tiempo, que nadie le preguntaba sobre nada personal. Lanzó un suspiro.

—Son personas que están acostumbradas a vivir holgadamente. Tienen varias propiedades, negocios y servicio en casa. Piensan que el mundo está a sus pies, ellos solo tienen que alargar la mano y coger lo que se les antoja.

—¿Y no tienes más familia?

—Dos hermanos.

—¿Y?

—Son iguales que mis padres. Se encargan de los negocios familiares, tienen coches de alta gama, mujeres espectaculares y cualquier capricho que deseen. Imagínate lo que piensan de mí ahora que vivo en medio de la nada: que me he vuelto loco.

Luke no tenía ni idea de por qué estaba confesando todo aquello, pero estando ahí con Daisy en aquel bosque se sentía más tranquilo que en mucho tiempo. El agua helada le rodeaba los pies, las cigarras cantaban alrededor, el viento que soplaba era suave y el sol les calentaba la piel mientras

algo en su interior iba abriéndose.

—¿No te echan de menos?

—Lo dudo. Tienen mi dirección y yo la de ellos. Al principio intentaron que volviese a casa, no creas, pero pronto se dieron cuenta de que no pensaba hacerlo y desistieron. Siguieron a lo suyo. Están entretenidos entre montones de dinero.

Daisy giró la cara hacia él y Luke pensó que era preciosa.

—¿Por qué no piensas volver? —preguntó ella.

La pregunta del millón. La gran pregunta. La que él se había hecho a menudo. ¿Quedarse escondido allí durante el resto de su vida era la solución a todos sus problemas? Sabía que no. Pero también sabía que era incapaz de volver a la vida que tenía y que jamás, ni por todo el oro del mundo, lo haría. Ese hombre había muerto.

—No quiero hacerlo —se limitó a decir.

Después, como si eso fuese la señal de que se estaba extralimitando, se puso en pie y fue a buscar su ropa ahora que se le había secado el torso. Se pasó la camiseta por la cabeza. ¿Por qué le había contado todo eso a Daisy? Solo era una chica perdida más que en breve se largaría de allí y volvería a su fabulosa vida superficial. No los unía nada.

—¿Ya te marchas? —Ella parecía decepcionada.

—Sí. Nos vemos luego. ¿Sabrás volver sola?

—No soy idiota —protestó molesta.

Luke no contestó, pero le gustó que ella se enfrentase a él.

Se pasó la tarde entera leyendo una de las novelas que le había dejado Violet. Estaba enganchadísima. Al caer la noche, se propuso cocinar algo ahora que por fin tenía el pequeño frigorífico lleno. Nunca se le habían dado especialmente bien los fogones, pero logró hacer algo más o menos decente. Una torta de hojaldre con verduras salteadas y queso gratinado. Se comió dos porciones mientras pensaba en lo raro que era que todo estuviese siempre en silencio ahora que no disponía de televisor ni ningún tipo de comunicación con el exterior.

Cuando vio que le sobraba más de la mitad de la torta en el horno, decidió hacer algo con ella. Se puso ropa cómoda, vaqueros y una sudadera porque por la noche refrescaba, y envolvió la cena en papel antes de dirigirse a la cabaña de Alfie.

—¿Quién es?

—Me llamo Daisy. Venía a traerle un trozo de hojaldre.

—Está bien. —Abrió, olisqueó lo que ella le tendía y sonrió—. Gracias.

Después le cerró la puerta en las narices, pero, lejos de indignarse, Daisy sonrió ante aquel viejo gruñón y continuó hasta la casa más grande. Como había imaginado, Violet estaba allí. Cuando la recibió, le sorprendió ver por la rendija de la puerta que no estaba sola: el tal Robert, al que ella había visto en pocas ocasiones, se encontraba con ella. Daisy se dio cuenta de que se respiraba un ambiente de intimidación que le hizo pensar que, quizá, entre ellos había algo más que una amistad. Sonrió por dentro porque pensaba que, después de la prematura muerte de su marido, Violet se merecía algo como aquello.

—Tan solo venía a traerte una torta que he cocinado.

—Oh, qué amable por tu parte, cielo.

—Espero que os guste.

—Estoy segura de que sí. ¿Quieres pasar?

—No, no os molesto. Disfrutad de la noche.

Violet le sonrió y Daisy se despidió de ella. Era muy fácil cogerle cariño a esa bienintencionada mujer. *Ojalá todo el mundo fuese como ella*, pensó para sus adentros mientras se alejaba caminando por el sendero de piedra y gravilla que conducía hacia las demás casas.

Paró delante de la de Hanna y Susie.

—¡Ya voy! —Escuchó la enérgica voz de Hanna antes de que esta le abriese la puerta con Susie colgada de su brazo como si aún fuese un bebé. Llevaba puesto el pijama.

—Perdón por llamar tan tarde —se disculpó Daisy.

—No te preocupes, todavía queda la hora del cuento.

—¡Síiii! ¿Quieres quedarte con nosotras?

—Mejor nos vemos por la mañana, ¿te parece, renacuaja?

—Vale, pero espero que cumplas tu promesa —dijo Susie.

—Te aseguro que sí. Puedes fiarte de mí. —Le tendió a Hanna una porción—. Tan solo quería traerte esto, no está tan delicioso como el pollo que hiciste la otra noche, pero...

—Muchísimas gracias, Daisy.

—No hay de qué.

—Buenas noches.

La niña se despidió lanzándole un beso imaginario y Daisy fingió que lo atrapaba con la mano antes de que cerrasen la puerta. Las dos habían sufrido mucho, sí, era fácil darse cuenta de eso, pero se tenían la una a la otra y estaban muy unidas.

Daisy prosiguió su camino pasando por delante de algunas casas que ese mismo día habían ocupado algunos huéspedes temporales como ella. Había creído ver de refilón a Alain Reid, un famoso actor que estaba en el ojo del huracán, pero no estaba del todo segura. Se dirigió hacia el hogar de Luke y subió los escalones del porche.

Dudó antes de llamar a la puerta.

A veces, no estaba segura de si él se alegraba de verla o, por el contrario, su presencia llegaba a ser como un incordio. Era un hombre de lo más contradictorio. Aquel mismo día por la mañana, cuando estaban en el lago, parecía que se estaba divirtiendo en una actitud juguetona lanzándole agua cuando, de pronto, empezó a mostrarse esquivo y arisco.

Luke abrió cuando ella estaba a punto de marcharse.

Vestía unos pantalones grises de chándal y una camiseta blanca de manga corta que marcaba las líneas acentuadas de su cuerpo. Daisy intentó no bajar la vista más de lo necesario y centrarse en sus ojos azules, pero tampoco así lograba mantenerse concentrada, porque esas pupilas negras la miraban de una forma penetrante e intensa.

—¿Qué quieres ahora? —gruñó.

—Nada. Yo solo... olvídalo.

Dio media vuelta y bajó los escalones.

—¡Oye, espera, Daisy!

El tono de Luke se volvió más suave.

—No quiero molestarte.

—No me molestas. Espera.

La cogió del codo y ella dejó de caminar hacia su cabaña. Lanzó un suspiro mirándolo por encima del hombro y apretó la tosta que llevaba envuelta contra su duro pecho.

—Solo te traía esto. He hecho hojaldre para cenar y me ha sobrado.

—Vaya, gracias. Muy amable. —Luke inspiró hondo—. ¿Ya te vas?

—No quiero importunarte más.

—Perdona por contestar así, a veces puedo ser un idiota.

—Eso no hace falta que me lo jures.

—¿Quieres entrar dentro? Te invito a una cerveza.

Daisy vaciló mientras él la miraba con una inocencia fingida y las manos en los bolsillos. Al final, porque se sentía sola y perdida en aquel lugar extraño, aceptó la invitación y lo siguió. El ambiente estaba caldeado y Luke sacó dos cervezas de la nevera y las llevó al salón. Como no tenían televisor ni nada similar, se quedaron mirándose en silencio con incomodidad.

—Puedo poner música —dijo Luke—. Lo siento, no estoy acostumbrado... ya sabes, a tener visitas habitualmente —explicó con torpeza mientras cogía un disco de vinilo y lo ponía en el tocadiscos que estaba sobre el mueble de madera del salón.

—¿Acaso no te relacionas con nadie?

—No.

—¿Ni con mujeres?

La pregunta le salió sin pensar.

Luke alzó las cejas y sonrió malicioso.

—A veces, sí. Pero no aquí. Este lugar es mi refugio.

—Comprendo. ¿Y dónde...? Bueno, déjalo.

Luke volvió a sentarse en el sofá, bebió cerveza y la miró. Le gustaba lo curiosa que era, como una cría incapaz de no meterse en asuntos ajenos. No se le daba bien estar sola.

—En casa de ellas o en cualquier motel. —Luke se encogió de hombros—. Para un rato no se necesita mucho más. No tengo relaciones románticas.

—¿Nunca las has tenido?

—En el pasado sí.

—¿Es esa la razón por la que estás aquí?

—No exactamente.

Él se dedicó a bajar la mirada y quitarle la etiqueta al botellín de cerveza. Intentaba pensar lo menos posible en la razón por la que estaba allí porque seguía doliéndole de una forma insoportable. Era una herida completamente abierta que no conseguía cerrar.

—Cuando hablas de relaciones románticas... —Daisy se reclinó en su sofá—. ¿Te refieres a algo así como estar dos o tres meses con una chica? ¿Seis como mucho?

—No. Tuve una relación muy larga.

—¿Y qué pasó?

—¿Por qué eres tan metomentodo?

—Tengo alma de periodista. Si no hubiese... —se silenció, porque hasta entonces no había querido confesar quién era ni a qué se dedicaba, aunque sabía que, si quisiese hacerlo, él podría averiguarlo rápidamente—. En otra vida es lo que habría estudiado.

—Serías buena haciendo interrogatorios.

—Eso también, es verdad. —Se rio.

Luke pensó que su risa era deliciosa.

—Y, sin embargo, es curioso lo poco que hablas de ti en comparación a todo lo que deseas saber sobre los demás. ¿Nadie te ha dicho eso de dar y recibir?

—¿Qué quieres saber?

—¿Yo? Nada.

—Eres un mentiroso.

Luke se rio con ganas. Lo había pillado.

—Está bien: ¿por qué estás aquí?

—Confíe en la persona equivocada.

Él se quedó mirándola mientras bebía porque eso no se lo esperaba. Había previsto algo así como: sexo, drogas y demasiadas redes sociales. Pero quizá era cierto que Daisy era exactamente lo que parecía a simple vista: una chica sencilla y dulce.

—¿No vas a entrar en detalles?

—No, a menos que lo hagas tú.

Luke sonrió en respuesta. Se retaron con la mirada y, al final, él se levantó para ir a buscar un par de cervezas más que se bebieron mientras hablaban de aquel lugar, evitando temas espinosos. Él le contó que había varias rutas para hacer por el bosque y una de ellas conducía a unas cuevas que valía la pena visitar. También que al principio del riachuelo donde se habían dado aquel baño había una pequeña cascada y que a veces iba allí porque el sonido del agua cayendo contra las rocas de abajo lo relajaba.

—Así que eres un hombre de naturaleza.

—Ahora sí, supongo.

—¿Y antes?

Luke suspiró. Cuando ella se levantó y fue directa a su cocina para coger una tercera cerveza, notó que se tambaleaba y le hizo gracia. Pues iba a ser cierto que no acostumbraba a emborracharse, visto lo visto. Le gustó que se tomase unas confianzas que él no le había dado. Verla sintiéndose cómoda en su casa le resultó agradable, aunque no debería ser así.

—Era todo lo contrario. Vivía en la gran ciudad, de hecho.

—¿En Nueva York? —Pareció sorprendida—. No te imagino allí.

—Pues sí. Me movía como pez en el agua entre rascacielos.

—¿Lo echas de menos?

—No.

—¿De verdad?

—Completamente.

—Vamos, sé sincero...

Daisy fue hasta el reproductor de música y contempló el vinilo que giraba haciendo sonar una vieja canción de jazz que hacía siglos que había pasado de moda.

—Admito que a veces pienso en un puesto de perritos calientes donde pillaba algo para comer cuando iba justo de tiempo. Me lo comía de camino a la oficina...

—Mmm, así que una oficina.

Daisy sonrió con picardía al sacarle algo más.

Era casi como un juego que tratasen de descubrir más cosas el uno del otro allí, donde los dos eran sencillamente desconocidos que tenían un pasado en blanco.

—Se me ha escapado. Ahora te toca a ti soltar prenda: te he dicho que viví en Nueva York y trabajaba en una aburridísima oficina. Venga, dame algo bueno.

Bebió un trago de cerveza sin dejar de mirarla.

Ella tenía la vista clavada en el tocadiscos.

—La música es mi vida...

Luke la miró interesado.

—¿A eso te dedicas?

Daisy tragó saliva y se giró hacia él. Dejó la cerveza en la mesa que estaba delante del sofá y se sentó a su lado. Luke se tensó al notar que sus piernas se rozaban por la proximidad. Ella se perdió unos segundos en su propio mundo, como si estuviese recordando algo, y al final empezó a hablar porque parecía necesitarlo:

—¿Recuerdas la canción que sonaba justo antes de que se estropease el coche? Esa que era un poco country y que empezaba con un solo de guitarra...

—No sé si te sigo...

—Tienes delante a la chica que cantaba.

Luke la observó en silencio. Recordaba la voz un poco ronca de la muchacha que sonaba por la radio del coche porque le había gustado el contraste con la dulzura de la melodía, pero no fue hasta que Daisy le confesó aquello cuando la unió a ese rostro que ahora tenía a escasos centímetros del suyo. Era verdad. Era ella.

Se fijó en sus labios entreabiertos, en los ojos grandes y expresivos que lo miraban con un anhelo desgarrador. En apariencia era perfecta, pero él podía sentir la soledad que arrastraba. Por eso no se movió cuando ella tragó saliva y levantó la mano para acariciarle la mejilla. Luke contuvo el aliento al sentir el roce de su piel.

No solo sintió deseo, sino también una conexión.

Daisy también percibió la energía entre los dos.

Había bebido más de lo habitual y estaba un poco mareada por las cervezas, pero sabía bien lo que hacía. Puede que no tuviese ni idea de qué pasado escondía Luke y que él no sospechase la razón por la que ella se había visto arrastrada hasta aquel refugio, pero, pese a saber tan poco el uno del otro, podían entenderse entre silencios.

Eso era algo mágico que los unía. Y cuando estaba junto a él, pese a sus malos modales, su actitud contradictoria y lo irónico que era a veces, ella se sentía más acompañada.

Por eso se inclinó lentamente hacia Luke.

—Daisy, esto no...

Pero no pudo seguir hablando porque ella cubrió aquella boca masculina con la suya en un beso torpe pero ansioso. Luke quiso frenarla, de verdad que sí, pero cuando sus mullidos labios le rozaron lo olvidó completamente y tan solo pudo concentrarse en buscar su lengua con la suya y sujetarle la cabeza con la mano.

Daisy gimió cuando el beso se volvió más húmedo y se movió hasta acabar sentada a horcajadas sobre él en aquel sofá. Hundió los dedos en su cabello oscuro y en medio de aquel vaivén incansable sintió la excitación de Luke.

Hacía mucho tiempo que no sentía una sensación tan cálida. No se trataba solo de sexo, sino de sentir que conectaba con alguien física y mentalmente. Por eso coló las manos bajo su camiseta y palpó el torso duro y masculino mientras él tiraba de su labio inferior entre sus dientes. Daisy susurró su nombre sin saber que con ello Luke despertaría de aquel trance.

—Espera... —Apartó la cabeza hacia atrás respirando agitado.

—¿Qué pasa? —Daisy intentó buscar sus labios de nuevo.

—No puedo. No podemos. Lo siento.

—¿Por qué?

—Son las normas.

—¿Qué normas?

—Las mías.

—¿Qué?

Daisy se levantó y se colocó bien la camiseta mientras lo miraba con los labios aún ardiendo a causa de aquel tórrido beso que había encendido algo que creía apagado.

Luke se llevó las manos a la cabeza y se revolvió el pelo.

—No me acuesto con invitadas.

—Comprendo.

La decepción llenó su rostro.

—Oye, Daisy, lo siento.

—No hay nada que sentir.

Daisy cogió las llaves de su cabaña que había dejado sobre la mesa y se dirigió a la puerta mientras Luke le pisaba los talones intentando hacerse entender. Pero ella no lo estaba escuchando. No quería escucharlo. Por primera vez en meses se había sentido otra vez viva, una mujer deseable, una mujer deseable por un hombre que no sabía nada sobre su presente y su pasado. Pero ni por esas parecía capaz de conseguir que los hombres se comportasen como ella esperaba que lo hiciesen. Se alejó con el orgullo herido.

Cerró la puerta de su cabaña de un portazo.

Allí dentro se sintió tan sola que le entraron ganas de llorar. Contuvo un sollozo. Ella tan solo

quería un poco de compañía. Unos momentos de placer. Olvidarse momentáneamente de que el sexo y el amor lo complicaban todo.

Se enjugó los ojos con rabia y fue directa hacia la guitarra.

La cogió y se sentó en el sofá. Los primeros acordes llegaron al instante. Y pese a que hacía mucho que no se permitía tocar, esa noche sus dedos se movieron sobre las cuerdas, su cabaña se llenó de música y fue maravillosamente sanador.

Pensó en los besos de Luke al componer esa canción.

9

Hacía mucho tiempo que Luke no estaba de tan mal humor. De pronto le molestaba el aire puro del bosque, los árboles que lo rodeaban, las águilas que volaban allá arriba, el sol de la mañana y, sobre todo lo demás, sus propios pensamientos sin sentido.

Llevaba horas aporreando el tejado de Alfie.

Se suponía que clavar clavos y usar el martillo debería haber calmado su temperamento, pero no estaba funcionando. Hacía tres días que Daisy había salido despavorida de su casa después de que él la rechazase. No habían vuelto a dirigirse la palabra: tan solo se habían cruzado en un par de ocasiones, él la había saludado con un movimiento de cabeza sin saber qué decir y ella ni siquiera se había dignado a mirarlo, como si no lo conociese.

Probablemente aquella situación era lo mejor.

Luke jamás se había dejado llevar tanto durante los últimos años. Tras huir de su pasado, se había esforzado enormemente por mantener el control de cada situación. Le gustaban los días rutinarios: levantarse al alba, desayunar café y tostadas antes de irse a cortar leña, después regresar para darse una ducha, empezar la jornada de trabajo y por la tarde ir al pueblo para tomar una copa en el bar o visitar a alguna de las mujeres con las que se relacionaba. Era una vida ordenada y agradable. Podía soportar seguir respirando.

Pero Daisy parecía haber llegado para hacerla añicos.

Él nunca había mirado más de dos veces a las mujeres que pasaban por allí. Se cuidaba bien de mantener las distancias y mostrar su habitual indiferencia.

¿Por qué había bajado la guardia con esa chica?

No estaba seguro, pero cuando ella estaba a su alrededor se sentía... menos solo. Por momentos casi podía recordar la sensación de tener alguien con quien hablar, bromear, tomarse una cerveza, desayunar sin prisas o disfrutar de un buen disco de música.

En apariencia era perfecto.

El problema era que Luke no se permitía sentir todo aquello. No creía merecerlo. Porque ya lo había tenido mucho tiempo atrás y no supo valorarlo como debía.

Por eso había tenido que esforzarse como no recordaba para apartar a Daisy de su regazo, y lo consiguió, a pesar de que lo único que deseaba realmente era seguir besando aquella boca maravillosa hasta dejarla sin aliento, desnudarla y fundirse con su cuerpo.

Pero no podía. No podía permitirse hacerlo ni que ella se acercase más.

Incluso aunque esos días se estuviese volviendo loco al pensar que la tenía tan cerca, a unos metros de distancia de su casa. Todas las noches tenía la tentación de salir, llamar a su puerta y preguntarle si le apetecía tomar algo y charlar un rato. Y cada noche aguantaba como podía mientras intentaba concentrarse en leer un libro o escuchar música.

Había intentado sintonizar en la radio la canción de Daisy, pero no consiguió dar con ella. En la pequeña tienda del pueblo donde vendían algunos discos al lado de los congelados, tampoco encontró lo que estaba buscando y, aunque allí había conexión a internet, se negó a buscar nada sobre ella. No era justo. Los dos tenían secretos. Él quería respetar los suyos.

—No has colocado bien este último —le gritó Alfie.

—Está puesto a la perfección. Y si no, sube tú mismo.

El viejo cascarrabias se quejó por lo bajo y Luke se concentró en ignorarlo y en clavar con fuerza un clavo tras otro. Cuando llegó la hora de comer, se propuso bajar del tejado. Pero, antes de hacerlo, desde allí arriba, distinguió la silueta a lo lejos de Daisy hablando con Alain Reid. Él sabía quién era porque le había ayudado a Violet con su ficha unos días atrás y la mujer le había comentado que se trataba de un actor famoso sin ningún problema aparente más allá de querer pasar unos días lejos de los focos de la fama. A veces también ocurría aquello. Gente que iba al refugio en busca de intimidad.

Luke observó sus posturas, la manera en la que hablaban, cómo él se reía de algo que ella había dicho y ella se apartaba el pelo de la cara colocándose tras las orejas.

Gruñó por lo bajo y descendió por la escalera.

Se quitó los guantes, le pidió a Alfie que le guardase la caja de herramientas porque volvería al día siguiente y se encaminó a paso rápido hasta su cabaña. Comió solo. Pasó solo el resto de la tarde. Y, cuando llegó la noche, se preparó también para estar solo.

Susie rompió sus planes al llamar a su puerta.

—¿Qué quieres, pequeña sanguijuela?

—¿Vienes a cenar y jugar a las cartas?

—Mmm, estoy cansado, Susie.

—Venga, porfi, porfi, porfi...

La niña sabía que él era incapaz de negarse. Susie era su debilidad, la única que se había permitido tener desde que llegó allí. Así que entró para coger sus llaves y se dirigió junto a ella hasta la cabaña que compartía con su madre. Hanna lo recibió con una sonrisa.

—Veo que a ti ha logrado convencerte —dijo contenta.

—¿A mí? —Luke se acomodó en el sofá del salón.

—También invité a Daisy, pero tenía planes.

No preguntes, no preguntes, no preguntes, no preguntes...

—¿Qué planes? —No pudo evitarlo.

—Creo que ha invitado a cenar a su casa al nuevo inquilino. Es actor, ¿lo sabías? Susie lo ha reconocido porque esta primavera pasada fuimos al cine del pueblo a ver una película y aparecía él como protagonista. Espero que sea un buen tipo.

—¿Por qué dices eso?

—Daisy parece un poco... vulnerable.

Luke tragó saliva con incomodidad. Él sabía bien que lo era, se había dado cuenta en cuanto la conoció. Pero también era una mujer fuerte y decidida. Intentó recordárselo mientras pensaba en el tal Alain y en lo que fuese que harían esa noche en su casa.

—¿Qué hay para cenar?

—Pescado con patatas.

Susie puso una mueca de asco y Luke se echó a reír. Jugó con la niña a las cartas mientras Hanna servía la comida y después todos se sentaron a la mesa. El ruido de cubiertos, vasos y bocas masticando llenó el pequeño salón de la casa de madera. Las dos lo habían decorado con mimo a lo largo de los años; Hanna había cosido unas viejas cortinas, Susie había hecho manualidades con piedras, hojas y ramas que encontraba en el bosque.

—Todo está delicioso, Hanna. Gracias.

—Imaginaba que llevarías sin comer decente desde hace días.

Lo conocía bien. A menudo, Hanna se portaba con él como si fuese una madre, a pesar de que tan solo era unos años mayor. Lo cierto era que Luke cocinaba poco, era un síntoma de vivir solo. Por eso muchas veces comía o cenaba con las chicas.

—¿Cuándo vas a llevarme a nadar? —inquirió Susie.

—Mmm, quizás este fin de semana, ¿de acuerdo?

—Vale, me parece bien. —Ella le sonrió.

Terminaron de cenar en silencio y, después, Hanna sacó un trozo pequeño de tarta que le había sobrado del día anterior. Luke estaba lleno, pero no quería hacerle el feo y se comió su porción. Cuando Hanna volvió a nombrarla, sintió un escalofrío:

—Es una chica muy dulce —comenzó a decir—, el otro día vino por aquí para traernos un trozo de torta y ayer estuvo recogiendo mariquitas con Susie, ¿verdad, cariño?

—¡Síiii! ¡Y luego Daisy y yo las soltamos en el bosque!

—Genial. —Luke sonó seco y brusco.

—¿Qué opinas tú de ella?

—¿Yo? —Él miró a Hanna—. No tengo ninguna opinión.

—Pensaba que os llevabais bien.

—Lo de cenar aquí la otra noche con ella fue casualidad, ya sabes, se me estropeó el coche e iba con ella. Por cierto, ya lo he arreglado.

—Me alegro por ti. Pero, más allá de esa casualidad, noté que teníais cierta complicidad.

—Pues lo notaste mal —replicó Luke molesto.

—Deberías bajar un poco la guardia.

Luke se aseguró de que Susie no los escuchaba cuando la niña bajó de la mesa y se puso a jugar con sus muñecas en la zona del sofá, entonces contestó:

—Dijo la mujer que lleva años sin mirar a ningún hombre.

Hanna acercó su cabeza a la de él para replicar en susurros:

—Para que lo sepas, el otro día conocí a alguien.

—¿En serio? —Luke estaba sorprendido.

—Se llama Peter. Se mudó al pueblo hace unos meses y, bueno, nos caímos bien. Le prometí que iría a comer un día con él. Los problemas están para superarlos.

—Me alegro por ti. —Se levantó—. Será mejor que me marche.

—¿Tan pronto? —Se quejó Susie con un puchero.

—He tenido un día muy largo, pequeña.

La niña protestó un poco más, pero esa vez Luke no cedió. Lo último que le apetecía era seguir allí con Hanna intentando purificar su alma oscura. Se despidió de las dos y salió a la noche fresca y oscura. La luz de la cabaña de Alfie seguía encendida y también la de Daisy. Cuando se acercó a su propia casa, Luke escuchó las risas que provenían del interior.

Fue como un puñetazo en el estómago escucharlos juntos.

Pero se obligó a ignorar el dolor y entró en su cabaña.

10

La llegada de Alain había sido un alivio para Daisy.

Era simpático, divertido y se llevaban a las mil maravillas. Habían congeniado desde el principio. Los dos sabían quién era el otro. Ella era consciente de que se trataba de uno de los actores del momento. Él conocía parte de lo que le había ocurrido antes de acabar allí.

Por eso se acostumbró pronto a pasar las noches junto a él. Cenaban, hablaban, tomaban algo y se reían de cualquier cosa. No existía entre ellos ningún tipo de atracción sexual; de hecho, Daisy había sospechado desde el principio que a Alain no le gustaba ella ni, para ser más exactos, ninguna otra mujer. Decidió abordar el tema cuando cogió confianza.

—Entonces, ¿ahora mismo no sales con nadie?

—No. Nadie. Ni ganas.

—¿Y eso por qué?

—Es complicado...

—Intenta explicármelo.

Alain suspiró y se frotó la cara. Era guapísimo. Tenía el cabello rubio, los ojos claros y parecía unos de esos chicos destinados a triunfar en Hollywood.

—Bueno, resulta que me gusta una persona —comenzó—, pero mi agente piensa..., piensa que esa persona no me conviene. No le conviene a mi carrera.

—Comprendo. Y esa persona... ¿es una chica?

Alain la miró sorprendido al principio, pero luego se relajó. Había algo en Daisy que invitaba a los de su alrededor a mostrarse tranquilos, quizás fuese por su dulzura o empatía.

—No —contestó Alain finalmente.

—Y tu agente piensa que perjudicaría tu carrera.

—Sí. La mayoría de los papeles que recibo son para hacer de protagonista heterosexual. Es increíble que hoy en día aún existan esos prejuicios, pero teme que me rechacen en algunos castings si se hace público que... bueno, que soy gay.

El joven tomó aire. Daisy se inclinó hacia él y le palmeó la espalda con cariño, porque imaginaba lo difícil que tenía que ser arriesgarse a tomar esa decisión.

—¿Por eso estás aquí?

Alain asintió con la cabeza.

—Necesitaba alejarme de todo para pensar.

—Claro.

—¿Tú qué opinas?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí, por favor.

—Creo que uno tiene que ser fiel a sí mismo y a lo que siente, es la única manera de estar en paz. Entiendo que te dé miedo, pero puedes hacerlo, Alain.

—Ya. Tienes razón. Lo sé.

—Cuando estés preparado lo notarás.

Alain le dijo que sí con la cabeza con gesto pensativo. Después cogió una de las copas que habían servido con licor de moras y se la bebió de un trago antes de llenarlas otra vez.

—El amor lo complica todo —concluyó.

Daisy no pudo discutirle eso. El amor la había conducido hasta allí. Y, no contenta con ello, una vez había llegado a aquel refugio había encontrado la manera de colgarse de un hombre que parecía detestarla. Habían pasado cinco días desde aquel beso y apenas habían cruzado un par de palabras al cruzarse. Luke fingía que ella no existía y a Daisy le dolía su rechazo cada vez que lo veía, sobre todo porque desde esa noche no había sido capaz de volver a coger la guitarra. Fue como si, de alguna manera, él inspirase la canción y, después, esa inspiración desapareciese de un plumazo tan rápido como había llegado.

Lo peor era que a ella no se le daba tan bien ignorar a Luke.

Se fijaba constantemente en lo que estaba haciendo. Desde su ventana, por las mañanas, podía verlo trabajando en el tejado de Alfie. Era metódico. Golpeaba con el martillo con precisión y su cuerpo musculoso se movía con gracilidad, pese a que al principio Daisy había temido que tuviese un accidente y se cayese desde allí arriba. Estaba pendiente de cuándo desaparecía por las tardes o de si al llegar la noche la luz de su cabaña seguía encendida y, cuando no era así, se preguntaba si estaría con alguna mujer.

—¡Ya está bien de lamentaciones! —exclamó—. Vamos a brindar.

—¿Por qué, si puede saberse? —Alain la miró divertido.

—¡Por nosotros! —Sus copas chocaron.

—¡Eso, por Alain y Daisy! —gritó él.

Los dos estallaron en carcajadas sonoras y después bebieron y empezaron a decir más tonterías que derivaron en nuevos ataques de risa. Daisy se llevó las manos a la barriga cuando empezó a dolerle por culpa de aquellos buenos momentos.

Hasta que llamaron a la puerta con tres golpes secos.

—¡Ya voy! —Y se echó a reír de nuevo.

No tenía ni idea de quién sería a esas horas, pero imaginó que Violet tendría algo que decirle. O quizá Hanna. Lo que no había pensado era que al abrir su puerta se encontraría frente a frente con su malhumorado vecino.

Luke le dirigió una mirada glacial.

—¿Qué quieres? —espetó ella.

—Dormir. Eso quiero. ¿Os importaría a ti y a tu amiguito dejar de comportaros como si estuvieseis en un bar de copas? Algunos tenemos cosas que hacer mañana.

—Oh, usted perdone, rey de las nieves o anciano de ochenta años, pero solo son las once y estábamos divirtiéndonos un poco. Ya sé que no sabes lo que es eso, pero consiste, bueno, en disfrutar de la vida —soltó Daisy envalentonada.

Luke alzó las cejas en alto, mirándola.

—Te aseguro que sé divertirme, otra cosa es que no quiera hacerlo contigo, *princesa*.

Ella deseó matarlo. Por volver a llamarla así y por lo que escondían sus palabras. Apretó los labios, cuadró los hombros y se preparó para soltar una respuesta a la altura, pero justo entonces apareció Alain tras ella y le rodeó la cintura en ademán protector.

—¿Hay algún problema? —preguntó mirando a Luke.

—Sí. El ruido. ¿Podéis hacer lo que sea que estéis haciendo en voz baja? Gracias.

—Lo intentaremos. Disculpa las molestias —dijo Alain.

Luke maldijo por lo bajo, dio media vuelta y se marchó hacia su cabaña. Cerró la puerta con

tanta fuerza que pudieron escucharlo desde allí. Daisy lanzó un suspiro y miró agradecida a Alain. Se dejó caer sobre uno de los almohadones que había en el suelo y lanzó un suspiro.

—¿Qué ha ocurrido ahí? —preguntó él.

—¿Ahí? Nada. Un viejo cascarrabias.

—¿Bromeas? Ese viejo tiene pinta de ser modelo de calzoncillos. Y me ha mirado como si quisiese estrangularme con sus propias manos.

—Tienes mucha imaginación.

—De verdad que no.

—Apenas hace unas semanas que lo conozco, desde que llegamos aquí. Y sencillamente no congeniamos. O sí. No lo sé. A ratos. Al principio era un imbécil, luego fue bastante agradable y después volvió a ser un imbécil.

—¿Qué fue lo que cambió?

—Pues... que lo besé.

Alain se atragantó cuando ella confesó y se echó a reír con ganas, pero cuando vio que subía la voz se tapó la boca con la mano. Daisy no pudo evitar contagiarse.

—Necesito muchos más detalles.

—Es que no hay mucho que contar. Coincidimos un par de veces, hubo una especie de acercamiento y un día terminé en su casa tomando unas cervezas. Y no lo sé, se me nubló la mente porque hablamos de cosas... un poco más personales. Quizás me sentía sola.

—Así que lo besaste.

—Exactamente.

—¿Y qué tal fue?

—¿El beso? Increíble.

Daisy tosió para aclararse la garganta cuando se le secó la boca, porque se había prometido que no pensaría más en aquel momento, pero era complicado ahora que hablaba con Alain. Era verdad. Había sido un beso profundo, excitante e intenso. Mientras él le sostenía la cabeza con sus grandes manos, Daisy tuvo la sensación de que le estaba gustando tanto como a ella, pero por lo visto se equivocó y no había sido así.

Lanzó un suspiro de pesar.

—¿Y cuál fue el problema?

—Me apartó.

—¿Qué?

—Bueno, no exactamente, pero la cosa se calentó y él..., él... —Daisy se encogió de hombros—. Sencillamente quiso parar. Me sentí humillada.

—¿Desde cuando un hombre quiere parar...?

Daisy se llevó las manos a la cabeza y gimió.

—¿Tan horrible soy?

—¡Jesús! Pues claro que no. Eres increíble.

—Me conoces desde hace cuatro días.

—Por eso mismo. Normalmente no conecto con tanta facilidad con nadie, pero contigo es natural abrirse. Eres dulce y divertida. Nadie en su sano juicio te rechazaría.

—Excepto Luke.

—¡Pues que le den! —exclamó Alain.

Ella se echó a reír y abrazó a su nuevo amigo agradecida. Tenía la sensación de que de aquel refugio en medio del bosque no solo se llevaría una experiencia única que recordaría siempre,

sino también la amistad de aquel chico y varias enseñanzas de las personas que la rodeaban, desde la increíble Violet, pasando por la encantadora Hanna y su hija, hasta el malhumorado Luke, que le había recordado por qué no debía confiar en los hombres.

—Me ha encantado la novela. Es preciosa. La historia de amor entre la protagonista y ese hombre es... mágica. Cuando era pequeña siempre creía en el destino.

Violet miró a Daisy por encima de sus gafas.

—¿Y ahora ya no?

—Ahora intento pensar con la cabeza.

—Eso está bien. Pero no hay que olvidarse del corazón.

—No, lo malo del corazón es que se deja engañar fácilmente y a veces hay que pararle los pies. Y en cuanto al destino... creo que solo es una fantasía.

—Mmm. —Violet torció el gesto—. Yo prefiero pensar que todo ocurre por una razón. Y, además, me gusta imaginar que las almas que están destinadas a encontrarse lo hacen antes o después. La vida es del todo imprevisible, pero hay hilos que nos conectan.

—Es muy bonito eso que dices.

Depositó el libro sobre el mostrador de recepción y me quedé un rato más hablando con ella porque no sabía qué hacer durante el resto de la mañana. Alain tenía dolor de cabeza y se había quedado en la cama con la esperanza de encontrarse mejor cuando llegase la tarde. Así que, al regresar a su cabaña, siendo ya casi medio día, decidió coger la toalla y empezar un nuevo libro, que era lo único que le había despejado durante aquellos días.

Fue caminando hacia el río donde se había bañado la semana anterior.

Las cigarras cantaban alrededor y los árboles dejaban que pasasen algunos rayos del sol, pero la sombra frondosa protegía del intenso calor de aquel mes de finales de primavera. El verano estaba a la vuelta de la esquina y las temperaturas no daban tregua.

Cuando salió al claro del bosque se quedó paralizada.

A un par de metros de distancia se encontraba Susie sentada en una de las rocas, con los pies metidos en el agua. Daisy se acercó a ella preocupada.

—¿Qué estás haciendo aquí tú sola?

—No estoy sola...

Y justo en ese momento Luke emergió del agua tomando una gran bocanada de aire. Tenía las pestañas llenas de gotitas y sus ojos azules como el cielo se clavaron en los de Daisy con una intensidad que a ella la sobrecogió. Intentó serenarse.

—Perdona, no sabía que estabais aquí.

—Estamos jugando a ver cuántos segundos aguanta Luke bajo el agua.

—Qué divertido. Mejor vuelvo en otro momento.

Luke no dijo nada, tan solo la observó con indiferencia. Sin embargo, la pequeña se levantó en la roca y exclamó con una infantil indignación:

—¡Pero no puedes irte, Daisy!

—Es que no quiero molestaros...

—¡Quédate, por favor!

—Bueno...

Daisy extendió su toalla en el prado sintiéndose acorralada. Por un lado, era evidente que a Luke su presencia no le entusiasmaba. Pero, por otro lado, no quería hacerle un feo a Susie. Se quitó la camiseta y los pantalones cortos quedándose tan solo con un pequeño bikini de flores. Se sintió muy violenta cuando él la miró sin disimulo.

—Solo quería tomar un poco el sol —dijo.

—¡No! ¡Tienes que jugar con nosotros! Venga, Daisy, hagamos una competición.

—Lo siento, Susie, pero mejor otro día...

—¡Venga, Daisy!

—Déjala, no aguantaría ni dos segundos. —Fue lo primero que Luke dijo desde que ella había aparecido en el prado al lado del riachuelo.

Le entraron ganas de golpearle. Era un idiota.

—¿Tú qué sabrás? Te ganaría con los ojos cerrados.

—Vale, pues demuéstalo —la retó Luke.

Cuando se trataba de él, se debatía entre la atracción y el odio. En aquellos momentos, estaba echa un lío porque lo detestaba, pero no podía ignorar sus hombros bronceados y anchos que sobresalían del agua ni esos labios mojados y entreabiertos.

Pero si una cosa era Daisy era competitiva.

Desde jovencita se esforzaba por sacar la mejor nota de la clase, llegar puntual a todas partes y, cuando trabajó en un pub algunas noches para sacarse un extra, intentaba ser amable para lograr una buena cantidad en propinas.

Por eso no dudó en dirigirse hacia el río y meterse despacito porque el agua estaba helada. Aunque le castañeaban los dientes, aguantó ante la divertida mirada de Luke. Una vez llegó hasta donde él estaba dando unas brazadas elegantes, Susie aplaudió.

—¡Yo me encargo de cronometrar! ¿Quién empieza?

—Yo misma —se ofreció Daisy—. Venga.

—De acuerdo, ¡una, dos y tres!

Daisy hundió la cabeza en el agua helada. Llevaba un par de segundos allí cuando abrió los ojos y, en la claridad de aquel río que se había formado entre las montañas, vio el cuerpo de Luke a su lado, apenas a unos centímetros de distancia. Su torso duro la desconcentró. Como era lógico, tan solo llevaba un bañador rojo y las líneas marcadas de sus músculos se entreveían bajo el agua. Daisy notó la boca seca antes de salir a la superficie.

—¡Diez! ¡No ha estado nada mal!

—Aficionada... —masculló Luke.

Daisy le dirigió una mirada afilada.

Se alejó de él cuando se hundió en el agua y tuvo que tragarse su mal humor cuando pasó los diez segundos sin ningún tipo de dificultad. Cuando emergió con toda su fuerza, Susie exclamó al tiempo que daba animadas palmadas:

—¡Ya tenemos un ganadorrrr!

Daisy salió del río y se tumbó en su toalla. Escuchaba a lo lejos a los otros dos cuchicheando hasta que, de pronto, se hizo el silencio. O, lo que es lo mismo, se quedó dormida bajo el suave sol. No supo cuándo tiempo duró la pequeña siesta, pero cuando abrió los ojos Susie había desaparecido y Luke estaba un poco más alejado contemplando el paisaje.

Ella se frotó los ojos y bostezó.

—¿Dónde está Susie?

—Se ha marchado a comer.

—¿Y no te has ido con ella?

Luke la miró por encima del hombro.

—No quería dejarte aquí sola dormida. Deberías tener más cuidado. —Se puso en pie—. Hay cazadores por la zona. Y animales salvajes. Todo tipo de peligros.

A Daisy aquel le parecía el lugar menos peligroso del mundo, pero se evitó decir nada porque Luke parecía hablar en serio, como si realmente se preocupase por ella, algo estúpido.

—Pues lamento haberte molestado.

—Sí, últimamente se te da bien hacerlo.

—¿Perdona? Eres un idiota de primera.

Daisy se puso en pie y se enfrentó a él mientras se enrollaba en su toalla. Ese hombre la sacaba de quicio. Lo apuntó con un dedo acusador.

—¡Yo no he pedido que te quedases! —gritó.

—No, pero puesto que tu querido *príncipe* no estaba por aquí, pensé que era mi responsabilidad evitar que te pasase algo —replicó con ironía.

Ella alzó las cejas y se cruzó de brazos.

—¿Estás celoso? ¿Es eso?

Luke se echó a reír forzosamente.

—¿Por qué iba a estarlo? Explícamelo.

—Porque Alain es maravilloso, por ejemplo.

—Pues me alegro por él. Y por ti. Por todos.

—Madura, Luke.

Pasó junto a él con la cabeza bien alta y lo dejó atrás. Luke asimiló sus palabras antes de seguirla contrariado. La alcanzó cuando se internó en el bosque.

—¿Qué has querido decir con eso? Me parece genial que tengas un nuevo amigo y que seas capaz de ser tan... ¿cómo decirlo? Flexible a la hora de cambiar de ligue.

Daisy se giró hacia él con la boca fruncida.

—¿Acaso tú has sido un ligue?

—No lo sé, fuiste tú la que me besó, ¿recuerdas?

—Y tú el que me rechazó. Es un caso cerrado.

Luke dejó escapar un suspiro cargado de tensión y cansancio.

—Oye, no fue un rechazo, ¿de acuerdo? Tan solo pensé que sería lo más correcto, lo mejor para los dos. No quiero..., no quería que se complicasen las cosas.

—¿Complicarse? Solo éramos dos adultos divirtiéndonos.

—Ya, pero después...

—¿Pensabas que te pediría un anillo de matrimonio? Pues no, Luke. Solo quería olvidarme de todo y pasar un buen rato. Pero tranquilo, ya está más que superado.

Y se alejó retomando el paso y dejando a Luke más confuso que nunca.

Él tardó unos minutos en retomar el paso y dirigirse hacia su cabaña rumiando por lo bajo. Estaba enfadado, tanto con ella por llegar para sacudir todo su mundo como con él por permitirle hacerlo. Se preparó una taza de café y picó algo que encontró por la nevera porque no tenía mucho apetito. Después fue al baño, se lavó la cara y se miró en el espejo.

Llevaba años cumpliendo las reglas que se había impuesto.

Pero ella había dicho que no quería nada de él más allá de pasar un rato divertido y placentero. ¿Podía romperlas por una vez? No estaba seguro, pero quería hacerlo porque nunca había deseado tanto a una mujer como aquella. Sabía que no la merecía, que lo mejor sería continuar viviendo

una sucesión de días grises e iguales, pero en ese mismo instante tomó una decisión, cogió las calles de casa y se dirigió directo hacia la de su vecina.

12

Tres golpes impacientes sonaron en la puerta.

Daisy se dirigió a abrir extrañada, porque aquella manera de llamar no era la habitual de Alain, mucho más elegante y paciente. Se sorprendió al ver de nuevo a Luke, cuando se habían despedido de malas maderas hacía menos de una hora en las inmediaciones del bosque. Irguió los hombros, tomó aire y se preparó para atacar.

—¿Qué quieres?

—¿Estás saliendo con ese actor?

—¿Perdona? —Daisy frunció el ceño—. Discutes conmigo, me rechazas y fastidias mi experiencia en este lugar, pero luego te presentas delante de mi casa exigiendo saber si estoy liada con otro hombre. ¿Te das cuenta de lo incomprensible que eres?

—Sí, tienes razón —admitió, cosa que a ella le sorprendió—. Pero tú solo... contesta, por favor —pidió él llevándose una mano al pelo y revolviéndoselo.

Daisy se lo pensó unos segundos. Podía mentirle y cerrarle la puerta en las narices. O bien podía decirle la verdad y descubrir por qué él quería saberlo.

—No hay nada entre él y yo.

Pero Daisy ya no pudo pensar en nada más, porque en ese instante él dio un paso adelante, sujetó su rostro entre sus manos grandes y la besó. La puerta de la cabaña se cerró con un chasquido. Mientras él la besaba con una intensidad arrolladora, Daisy volvió a sentirse mareada como si estuviese flotando. El sabor de los labios de aquel hombre era adictivo. Por eso le costó tanto frenar y echar la cabeza atrás.

—Oye, no puedes hacer esto, Luke. No puedes humillarme como la otra noche y luego venir y seguir como si no hubiese pasado nada, ¿lo entiendes?

—Perdona. Es solo... —Luke le acarició la mejilla—. No me dejaste explicártelo. Tengo la norma de no dejarme llevar jamás con ninguna de las chicas que pasan por aquí.

—¿Y eso por qué?

—Es más fácil así.

—Entonces...

—Entonces, si tú aún quieres divertirme, estoy dispuesto a romper mis propias reglas. No puedo soportar mirarte y no tocarte cuando sé que tú también lo deseas.

—Luke...

Daisy sintió que se derretía como la mantequilla en una sartén cuando él volvió a cubrirle los labios con los suyos. Tenía una forma de besar maravillosa, como si quisiese dejarle una marca invisible e imborrable. La alzó en brazos y Daisy enroscó las piernas alrededor de su cintura. Las manos de Luke se movían por su trasero y la pegaron a la pared. Ella hundió sus dedos en el cabello oscuro y tiró con suavidad arrancándole un gemido.

De pronto, sus besos dejaron de ser dulces.

Fue como si toda la energía acumulada, tanto positiva como negativa, saliese como un torrente y los sacudiese en oleadas de deseo. Luke se movió por la cabaña con ella en brazos hasta

encontrar el dormitorio. La dejó caer en la cama.

—¿Cómo quieres hacer esto?

—¿Qué? —Daisy estaba mareada.

—¿Rápido o lento?

—Lento. Creo.

Luke sonrió con malicia.

Se inclinó hacia ella y le desabrochó el botón de los pantalones cortos que llevaba antes de bajárselos por las piernas. Daisy se desprendió de la camiseta y contempló cómo él hacía lo mismo. El corazón le latía a mil por hora y le gustó aquello, porque no tenía nada que ver con Paul ni con ningún otro hombre de su pasado, tan solo era... placer y diversión.

Hasta entonces, Daisy siempre había sido de relaciones serias.

Pero estaba harta de poner el corazón en todo lo que hacía.

—Bien, entonces iré todo lo despacio que pueda...

Luke le besó el tobillo derecho y después subió lentamente por su pierna, haciéndole cosquillas y despertando un fuego desconocido en su interior. Cuando llegó hasta su ropa interior, Daisy se estremeció. Él deslizó un dedo por el elástico de las braguitas y comenzó a bajar la tela muy muy despacio, tanto que ella al final se impacientó.

—¡Olvídalo! He cambiado de opinión. ¡Rápido!

Se quitó ella misma la ropa que le quedaba y Luke rio mientras hacía lo mismo. Cayó en la cama sobre ella, le separó las rodillas y la besó justo entre las piernas. Daisy gimió, luego se mordió el labio inferior al darse cuenta de que la ventana estaba abierta detrás de la cortina y era mediodía, cualquiera podría pasar por allí y escucharlos.

Pero es que lo que Luke estaba haciéndole era... era...

Demencial. Ahí estaba la palabra.

Daisy notó que le temblaban las piernas poco antes de dejarse ir. Luke se apartó y se relamió mirándola a los ojos. Fue, probablemente, la escena erótica más maravillosa de su vida, pensó ella. Lo atrajo hacia su cuerpo y lo abrazó después de que él se pusiese protección. Luke se coló en su interior catapultándola a un placer embriagador. Daisy le clavó las uñas en la espalda y bajó hasta su trasero para animarlo a moverse aún más rápido.

—No pares. Por favor.

—No pienso parar.

—Bien. Bien.

—Daisy...

Luke la besó apasionadamente mientras la embestía sin cesar. Ella no recordaba haber sentido una conexión tan intensa en un nivel físico con nadie. Lo deseaba. Todo su cuerpo masculino le parecía una tentación maravillosa que quería probar y disfrutar.

—No aguanto más... —susurró en su oído.

Y ella se movió con él para que fuese más rápido.

Luke terminó con un gruñido que acalló en su hombro. Después se desplomó sobre ella y se quedó un largo minuto en silencio intentando recuperar el aliento.

—No ha estado mal... —dijo Daisy rozándole la espalda.

Él se incorporó y la miró con los ojos nublados. Contempló el cuerpo perfecto de la joven, sus pechos llenos, la piel erizada del estómago y sus labios enrojecidos.

Le entraron ganas de volver a empezar de nuevo.

Pero, en cambio, se apartó hacia un lado y empezó a buscar su ropa interior por el suelo del

dormitorio. Daisy también lo hizo. Una vez los dos estuvieron vestidos, se miraron.

—Mira, no hagamos esto incómodo —dijo ella—. No hace falta que nos comportemos al acabar como si no nos conociésemos. Podemos ser... no sé, amigos, al fin y al cabo, me marcharé dentro de unas semanas. Yo volveré a mi vida y tú a la tuya.

Luke se pasó una mano por el pelo y asintió. Le sorprendía que ella lo llevase tan bien, porque él era la primera vez que estaba confundido con una mujer. Normalmente le resultaba fácil mantener las distancias y trazar la línea para separar el placer de lo personal, pero cuando miraba a Daisy todo se entremezclaba en su cabeza. Quizás porque no solo le gustaba el sexo con ella, sino que también le gustaba ella en su totalidad, incluso cuando se ponía de mal humor y lo señalaba y lo miraba con desdén cuando no lo entendía.

—Bien, tienes toda la razón —contestó inseguro.

No estaba convencido de poder acercarse a ella sin quemarse, pero se dijo que al menos tendría que intentarlo. Ya habían llegado demasiado lejos como para ir atrás.

—Así que... ¿te apetece tomar algo?

—Mmm, vale. Otro café no me hará daño.

Se dirigieron a la cocina y Daisy puso una cafetera al fuego. Él no podía dejar de admirar sus movimientos y cómo su melena se balanceaba a un lado y a otro. Tuvo que contenerse para no inclinarse y darle un beso en los labios. Hacía mucho, muchos años, que él no sentía ese impulso tan rutinario y sencillo. A las mujeres con las que se acostaba tan solo tenía ganas de besarlas antes de que el deseo lo llenase todo, pero no después.

—¿Azúcar? —le preguntó.

—No, mejor solo.

—Puag, sabe muy amargo.

—Es el verdadero sabor del café.

—Entonces prefiero maquillarlo —contestó ella sonriéndole antes de echarse unas cuantas cucharadas en su taza. Después la lamió para deleite de Luke.

Fueron al salón. Daisy se sonrojó cuando de repente el silencio se volvió un poco incómodo, como si fuesen dos escolares que acabasen de darse un beso detrás de un árbol en el patio de recreo. Él tosió. Ella cruzó las piernas y lanzó un suspiro.

—Hace un buen día... —soltó.

—Eso parece. —Luke se echó a reír y luego negó con la cabeza—. Mira, tienes razón, deberíamos intentar ser amigos. Lo que me recuerda que el otro día busqué en el pueblo algún disco tuyo, solo hay una tienda donde venden, pero no encontré ninguno.

—No soy tan conocida. —Daisy se encogió de hombros.

—Me gustaría volver a escucharte...

—¿Por qué?

—Porque me encanta tu voz.

—Yo... —Inspiró profundamente y al final dejó caer los hombros y se permitió ser sincera con alguien—. No estoy pasando una buena racha en lo referente a la música.

—¿Qué quieres decir?

—Digamos que... no puedo componer.

—¿No puedes o no quieres?

—No puedo.

—¿Y a qué se debe?

—No lo sé. —Se miró las manos—. Aunque el otro día... el otro día toqué la guitarra por

primera vez en meses. Fue extraño. Se me ocurrió una canción.

Luke se inclinó hacia delante y dejó la taza de café en la mesa.

Daisy tragó saliva al fijarse en su mandíbula cuadrada que había mordisqueado minutos atrás cuando estaba en su cama. Le entraron ganas de hacerlo en ese mismo instante, levantarse, sentarse en su regazo y besarlo hasta dejarlo sin aliento.

—¿Quieres tocármela? —le pidió Luke.

Lo hizo con un tono de voz susurrante que a ella le pareció una caricia y la pilló por sorpresa. ¿Cantar para él? ¿Cantar precisamente la canción que había empezado a componer después de probar sus labios por primera vez? Imposible. Para empezar, porque iba sobre un chico complicado y una chica perdida que se encontraban y calmaban el sentimiento de soledad con la unión de sus cuerpos. Era demasiado... autobiográfico.

—Lo siento..., pero... pero...

—Venga, Daisy. Quiero escucharte.

—No puedo. Quizás otro día, ¿vale?

Daisy abrió y cerró las manos, presa del nerviosismo, incapaz de mirarlo. Él asintió en señal de que respetaba su decisión, pero no pudo evitar echarle un vistazo a la guitarra que ella había apoyado en un rincón del salón. Se terminó el café de un trago y se levantó.

—Será mejor que me marche ya, tengo que hacer algunas cosas.

—Claro. ¿Nos vemos pronto?

—Sí. —Luke le sonrió.

Tuvo el impulso de inclinarse y besarla antes de salir por la puerta de su cabaña, pero consiguió evitarlo en el último momento y se limitó a meterse las manos en los bolsillos de los pantalones y decirle adiós con un movimiento rápido de cabeza.

Así tenían que ser las cosas. Prácticas y poco emocionales.

13

—No me lo puedo creer —repitió Alain.

—Pues... sí. Ha sido de lo más inesperado. Apareció aquí preguntándome si de verdad no buscaba nada serio como si creyese que iba a caer enamorada de él de forma fulminante...

—Siendo justos, tampoco sería complicado.

—No. Me niego a confiar en otro hombre después de todo... —Se metió un caramelo en la boca—. Además, es la primera vez que tengo un lío esporádico.

Alain alzó las cejas y se recostó en su sofá. Todavía le dolía la cabeza porque solía sufrir migrañas habitualmente, pero estaba un poco mejor.

—¿Qué tipo de juventud has tenido?

—Trabajaba y me volqué en la música.

—¿No tenías tiempo para follar?

—En realidad, siempre he sido más de relaciones estables. Es decir, el sexo está bien, pero conocer a una persona es... otra cosa.

—¿Mejor?

—Ya no lo sé...

Pero sabía que la respuesta era sí. Desde pequeña, a Daisy le había conquistado la idea de conectar profundamente con otro ser humano. Albergaba la esperanza de encontrar a su alma gemela, un hombre que la entendiese y la amase. Alguien en quien pudiese confiar en los malos y en los buenos momentos. El sexo con Luke era maravilloso, sí, pero incluso anestesiada por el deseo que despertaba en ella, Daisy no podía evitar recordar que aquel hombre no era solo un cuerpo, sino una persona con un pasado, un presente y un futuro, con sentimientos, miedos y todo un universo propio.

Tenía que obligarse a mantener su curiosidad bajo llave porque en el fondo deseaba conocer más de la gente que le rodeaba, no solo de una manera romántica. Se interesaba por cualquier persona que la rodease, como Violet, Hanna, Alain y, por supuesto, Luke.

De hecho, él le llamaba de una manera poderosa.

—Me encantaría saber por qué acabó aquí.

—Tengo una teoría. —Alain sonrió—. Es un prófugo de la justicia. Bajo esa cara bonita se encuentra un malvado asesino en serie capaz de dejar un reguero de sangre a su paso...

—Y a sus víctimas las engaña con orgasmos múltiples.

Nos echamos a reír por las tonterías que estábamos diciendo. Después pasamos juntos el resto de la tarde cocinando unos bollitos de chocolate por una receta de su madre que Alain recordaba a medias. El resultado fue poco apetecible, pero los dos tenían tanta hambre que se comieron más de la mitad antes de empezar a repartirlos con el resto del refugio.

Todos se mostraron gratamente agradecidos.

Hasta que les llegó el turno de acercarse a Luke, que estaba poniendo a punto el coche de Robert; llevaba unos pantalones de color caqui y se había quitado la camiseta.

Daisy intentó no empezar a babear y le dio un codazo a Alain cuando, mientras se acercaban

hasta él, comenzó a murmurar por lo bajo que quería imprimirse una fotografía suya a tamaño real. Daisy le tendió el cesto con los dos bollitos que quedaban.

—Hemos estado trajinando en la cocina.

—Vaya, ya veo. —Luke los miró con hosquedad—. Gracias.

—Creo que Alain y tú no os habéis presentado como es debido.

—Encantado —comentó Alain tendiéndole la mano.

Luke la estrechó, pero no parecía muy contento con su presencia.

—Espero que tu estancia esté siendo agradable.

—Oh, mucho. Con Daisy aquí ha mejorado considerablemente.

—Ya, claro. —Luke apretó los labios.

Se quedó mirándolos cuando los dos se alejaron mientras reían y cuchicheaban por lo bajo. Le parecía evidente la conexión que existía entre ellos y no podía evitar sentir envidia. No estaba seguro de si habría ocurrido algo más, pero tampoco quería saberlo porque la idea de ver a Daisy entre los brazos de otro hombre lo atormentaba, a pesar de que era consciente de que no tenía derecho a sentirse así. En otra vida, le hubiese gustado que lo suyo fuese... diferente. Podrían haberse conocido, por ejemplo, en una lavandería de Nueva York, mientras esperaban que la ropa estuviese limpia. Él la habría invitado a un café y habrían paseado por las calles de la ciudad mientras se contaban sus vidas. Al despedirse, le habría preguntado si le apetecería salir con él a cenar al restaurante de comida india que tanto le gustaba de la calle veintitrés. Se lo habrían pasado en grande antes de acabar la noche en su apartamento y quedarse despiertos hasta el amanecer. Él habría ido a buscar algo para desayunar y luego la habría mirado muy serio y le habría dicho que quería conocerla más.

Pero el principio de su historia estaba siendo muy distinto.

Para empezar, porque no iba a haber ninguna historia.

Desde que se habían conocido, él se había comportado con ella como un cretino. No quería dar pie a que aflorasen los sentimientos. Y a pesar de que la deseaba, no solo de una forma física, sino también sentía una necesidad emocional de tenerla cerca, se esforzaba por poner barreras entre ellos para evitar que aquello pudiese complicarse.

Violet lo había mirado horas atrás por el rabillo del ojo cuando fue a su casa a pedirle a Robert las llaves del coche. Había tardado muy poco en calarlo.

—¿Qué te traes con la chica?

—¿Yo? Nada. —Se encogió de hombros.

—Luke, te conozco mejor que tus propios padres. Así que no me vengas con excusas ni tonterías. Eres consciente de que está aquí porque tiene problemas, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Pues no le hagas daño.

—No es mi intención. Y es mayorcita, creo que sabe cuidarse sola y decidir dónde meterse, ¿no te parece? —preguntó con un gruñido de impaciencia.

—¿Y qué hay de ti?

—No te entiendo.

—¿Tú sabes cuidarte solo?

—Muy graciosa.

—Lo digo en serio, Luke. Ándate con ojo.

Él puso los ojos en blanco antes de que Robert le lanzase las llaves y pudiese alejarse. Lo único que deseaba era estar a solas con sus pensamientos un rato; se había acostumbrado a la vida

solitaria y silenciosa de aquel lugar, era lo que necesitaba cada vez que volvían los fantasmas o se sentía oprimido por alguna idea que le rondaba la cabeza.

Por eso no reaccionó con alegría y jolgorio cuando vio llegar a Daisy con Alain. Por eso y porque le sacaba de quicio ver cómo él la miraba y le rodeaba la cintura cariñosamente mientras se alejaban entre risitas. Parecían dos quinceañeros. Y, lo peor de todo, se dijo mientras buscaba una llave inglesa, era que le habría encantado ser él quien estuviese en su lugar. Incluso hacer malditos bollos de chocolate con Daisy le parecía divertido. Para empezar, porque podría haberlos hecho desnudos y haciendo ejercicio mientras horneaban.

Le devolvió a Robert las llaves del vehículo cuando terminó.

Después decidió ir al pueblo. Pensó por un momento en pasar y llamar a Daisy por si le apetecía ir con él, pero se dijo que quizá seguiría junto a aquel actor y montó a solas en su coche. Se alejó del refugio sin mirar atrás. Fue al bar donde todos los habitantes de la zona solían reunirse. La camarera, Annie, le dirigió una sonrisa deslumbrante.

Habían tenido una historia corta años atrás.

Fue la primera mujer con la que Luke estuvo después de... bueno, después de lo que anteriormente había sido su vida, aquellos días que ahora parecían tan lejanos.

—¿Te sirvo lo de siempre?

—Sí, por favor.

Cuando tuvo una cerveza en la mano, se concentró en hablar un rato con los hombres que había en los taburetes contiguos. Comentaban cosas sobre política, caza o sus familias. Luke escuchaba, pero nunca hablaba de sus problemas con nadie. No se le daba bien. Ni siquiera era capaz de hablar consigo mismo cuando lo asaltaban los recuerdos.

Ya había oscurecido cuando se levantó.

Regresó a casa y cerró la puerta de su cabaña con un portazo innecesario. Se sentía confundido y torpe, como si no supiese qué hacer con su vida ante aquella novedad que había supuesto la llegada de Daisy. Quería estar con ella. Deseaba profundamente volver a hundirse en su cuerpo y después quedarse en la cama abrazándola hasta dormirse. Pero sabía que no podía permitirse algo así, de manera que estaba optando por evitarla.

Se quitó la camiseta y la metió en la lavadora. Después empezó a desabrocharse los pantalones con la intención de darse una ducha rápida.

Justo entonces llamaron a la puerta con suavidad.

Luke abrió y encontró delante de ella a la joven rubia a la que dedicaba el noventa por ciento de sus pensamientos. Tomó aire y se preguntó si podría escuchar lo deprisa que le latía el corazón. Esperaba que no. Sujetó la puerta con fuerza como si temiese que fuesen a romperse las bisagras y pudiese caer al suelo de un momento a otro.

—Hola. —Se esforzó por sonar informal y amable.

—Esto... me preguntaba si estarías ocupado...

—Iba a darme una ducha, pero...

—Oh, genial. Eso me sirve.

Daisy dio un paso adelante colándose en su casa y le rodeó el cuello con los brazos en cuanto él cerró la puerta. Lo besó con intensidad. Luke ahogó un gemido entre sus labios. La abrazó contra su cuerpo y sintió alivio al notar la calidez que ella desprendía. Era adictiva.

—¿Adónde vas? —pregunto cuando Daisy se movió sin dejar de buscar sus labios.

—Al cuarto de baño, has dicho que querías ducharte, ¿no?

—Claro, pero...

—Hagámoslo juntos.

No hizo falta que se lo repitiese.

Luke terminó de quitarse los pantalones y después desnudó con prisas a Daisy. Entraron en el pequeño cubículo de la ducha y el agua caliente cayó sobre ellos. Luke acogió los pechos de ella entre sus manos mientras Daisy le mordisqueaba el cuello como si intentase dejarle una marca imborrable. A él le gustó la idea. Coló una mano entre sus piernas y la acarició en el centro de su deseo hasta que ella soltó un gritito.

—¿Te cuento un secreto? —preguntó Luke.

—Sí, soy curiosa por naturaleza...

—Mmm. —Le dio un beso húmedo y sensual—. El día que te diste una ducha aquí terminé masturbándome en este mismo baño pensando en ti.

—Vaya, y eso que parecías odiarme.

Soltó una risita encantadora que a él le hizo estremecer.

—Solo nos despiertan emociones las cosas que nos importan, ¿nunca habías oído eso?

—Así que... ¿te importo? —Lo miró a los ojos.

Luke tragó saliva, porque no estaba seguro de que estuviese preparado para responder a esa pregunta ni tampoco si para ella significaba lo mismo que para él.

—Lo suficiente como para que estés aquí.

—Qué ambiguo eres —protestó ella.

—¿Qué quieres que te diga, Daisy?

El agua templada caía sobre ellos. La chica alzó la vista para mirarlo a los ojos y él vio en ella un anhelo y una soledad que lo sobrecogió. En el fondo, no eran tan diferentes.

—Olvídalo —tercio ella—. Ven aquí.

Volvió a besarlo y, después, ya no hablaron más. Tan solo se exploraron con la boca y con las manos. Daisy lo acogió entre los labios y lo llevó al límite hasta que él le rogó que parase. Luego se hundió en su cuerpo lentamente, disfrutando de las sensaciones que le despertaba y de tenerla junto a él unos instantes más, aunque ya sabía que no serían suficientes y que, cuando todo terminase, empezaría a notar el vacío que lo acompañaba.

Daisy estaba asustada. Las razones eran varias.

En primer lugar, porque tras irse Alain había decidido que, quizá, era un buen momento para coger su guitarra e intentar terminar la canción que había empezado a componer la semana anterior. Pero, mientras tocaba las cuerdas y cantaba bajito, tan solo podía pensar en los ojos tormentosos y melancólicos de Luke. Se dijo que necesitaba besarlo una vez más o tocarlo antes de continuar con la canción, porque él había sido lo que había despertado aquella letra y aquella melodía. Y, en segundo lugar, pero no menos importante, porque cuando dentro de la ducha él le había dicho que ella le importaba, se había sentido agradecida. Pero quería más. Quería que él volviese a mirarla con deseo y emoción como cuando le había dicho aquello con voz susurrante. Sin embargo, el instante se rompió entonces.

Ahora Daisy se encontraba en el salón mientras él preparaba un vaso de leche caliente. Cuando apareció por la puerta llevaba ropa cómoda e informal.

—¿Quieres algo más?

—No, gracias. Así está bien.

Daisy le dio un sorbo a la leche.

Contempló al hombre que tenía delante. Le resultaba fascinante, a pesar de lo mucho que él se esforzaba por esconderse de ella. Pero, cuanto más lo hacía, más la intrigaba.

De pronto la melodía continuó en su cabeza.

—¿Por qué me miras así? —le preguntó Luke entre divertido y preocupado al ver la expresión de Daisy, que parecía completamente ida.

Ella titubeó insegura y al final decidió ser sincera.

—Es que... me inspiras.

—¿Qué?

—Como lo oyes. —Dejó el vaso en la mesilla—. La primera vez fue cuando te besé. Al volver a casa cogí la guitarra y comencé a componer una canción. Y ahora...

—Ahora... —Luke la miraba con curiosidad.

—Vuelvo a notar ese cosquilleo... —Tomó aire con inseguridad—. No había vuelto a tocar después de lo que ocurrió, estaba bloqueada... —Se miró las manos.

—¿Y a qué estás esperando? Ve a por la guitarra.

Daisy dudó, pero sonrió al ver la expresión confiada de Luke. Él esperó con la puerta abierta hasta que ella regresó de su cabaña con el instrumento en la mano. Hacía fresco y las estrellas brillaban en lo alto del cielo cuando volvieron a sentarse en el salón.

—¿Me coloco aquí como si estuviese posando para un pintor? —bromeó Luke.

—Mmm, no. Mejor más cerca. —Luke se movió hasta sentarse a su lado y empezó a acariciarle el cuello con las manos en movimientos circulares—. Bien, así.

Daisy cerró los ojos al sentir los dedos de Luke en su nuca y rasgó con los dedos las cuerdas de la guitarra. La melodía llenó el salón de la pequeña casa de madera. Y luego empezó a cantar bajito, con la voz ronca y la emoción contenida mientras iba llegando el final de la canción como

fogonazos que Luke despertase en ella de golpe.

No era consciente de que el hombre que estaba sentado a su lado se tensaba con cada nota nueva que tocaba. Luke se sentía desbordado por los sentimientos que aquel momento estaba despertando en él. Hasta que ella llegó se había conformado con vivir una existencia gris, le parecía lo justo, una especie de penitencia; pero, de pronto y sin ser consciente de ello, Daisy parecía dispuesta a recordarle lo fácil que era que aflorasen las emociones si se relajaba y les dejaba paso. El problema era que no podía permitírselo. Ya no solo por sus propias razones, sino porque, además, ¿qué sentido tenía hacerlo cuando ella estaba allí de paso y en breve se largaría? No valía la pena siquiera intentarlo.

—La he titulado *Tú y yo somos una canción* —dijo.

Dejó de acariciarla y se apartó como si quemase.

Daisy paró de tocar. Se giró hacia él y lo miró.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Daisy. —¿No te gusta?

—Nada. Es... maravillosa.

Luke se lo decía en serio. Aquella letra que le recordaba a la propia historia que había florecido con la llegada de Daisy, era perfecta. Y la melodía, melancólica y dulce.

Ella dejó la guitarra a un lado.

—¿He hecho algo mal?

—¿Tú? ¡No! En absoluto.

—Vale, porque estoy cansada de no entender las cosas —dijo ella—. Muy cansada. Probablemente no por ti, pero arrastro... demasiado. Y nunca sé si es por mi culpa.

—Dudo que tú tengas la culpa de nada.

Daisy se puso en pie ante la atenta mirada de Luke. Él quería abrazarla, besarla y consolarla, pero estaba paralizado en el sofá, todavía aturdido por todas esas emociones que ya no recordaba, empezando por lo que había sentido estando con ella en la ducha y siguiendo por lo que había despertado en él aquella canción.

—No soy perfecta, ¿sabes? —susurró ella—. Yo también me equivoco, pero lo que me ocurrió... —Tomó aire con brusquedad y lo miró—. Ya sé que tú no quieres hablar del pasado, pero necesito... contárselo a alguien. No, eso no es cierto. Necesito contártelo a ti.

Luke tragó saliva con fuerza y asintió.

¿Qué otra cosa podía hacer, además de sentirse como un miserable por no ser capaz de estar a su altura y corresponderle de la misma manera?

—Mis padres se divorciaron cuando yo era muy pequeña. Los dos se quedaron en Boston y yo vivía a medias con uno y con otro. Se esforzaron e intentaron que lo notase lo menos posible, pero fue inevitable. Trabajaban mucho, no tenía hermanos, casi siempre estaba sola. Creo que esa es la palabra que me ha perseguido toda mi vida.

Luke mantuvo la boca cerrada, a pesar de que era una de las cosas que había pensado desde el principio que los unía: que ambos estaban llenos de soledad.

—Mi padre me inculcó su amor por la música y murió muy joven. Después, me fui a vivir con mamá. Se me daban bien los estudios, pero no me interesaban. Empecé a tocar en algunos locales y a trabajar sirviendo copas para ganar algo de dinero. Poco a poco todo fue a más y, al final, terminé grabando mi primer disco y consiguiendo un público fiel.

—A mí me parece fascinante —le dijo él.

Daisy sonrió con tristeza antes de proseguir.

—Cuando ya era bastante conocida entró en escena Paul. También se dedicaba a la música, era

compositor y trabajaba con varias chicas. Hicimos juntos una canción y supongo que me enamoré, aunque ahora mismo ni siquiera estoy segura de saber lo que es el amor. Empezamos a salir juntos. Todo parecía ir bien: mi carrera, mi vida personal, mi futuro.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

—Algo más de un año. Tras tres meses se vino a vivir a mi apartamento. Trabajábamos juntos a menudo, nos sentábamos en el salón al caer la noche y hacíamos tormenta de ideas. Cada uno tocaba lo primero que se le ocurría y fuimos componiendo canciones para mi próximo disco. Él aportaba cosas, eso es cierto, pero no miento si digo que no lo necesitaba y que las letras eran mías, todas mías, me resultaba demasiado personal como para dejarlo en manos de otros. Siempre fui más abierta cuando se trataba de la melodía.

—Comprendo.

Luke la miró con seriedad.

—Me fui de gira. Nada grandilocuente, pero sí para una cantante de country que se estaba abriendo paso. Estuve fuera un par de meses, viajando con el equipo. Hablábamos a diario, como siempre. Y no noté... nada raro.

—Ya.

—Volví un poco antes.

Daisy tragó con fuerza y se sentó de nuevo en el sofá, al lado de Luke. Él la cogió de la mano y eso le dio fuerzas, a pesar de que dijo:

—No tienes por qué continuar.

—Quiero hacerlo. —Inspiró con fuerza—. Anais Oliphant estaba medio desnuda en mi salón cuando llegué y él preparaba café. Parecían una pareja feliz viviendo en mi casa, junto a mis cosas. Yo no podía creérmelo. En lugar de gritar, me quedé paralizada. La chica se marchó tras vestirse y Paul intentó explicarme que no era nada serio...

—Respira, Daisy —susurró Luke.

—Le dije que se fuese a la mierda, claro. Así que tras una desagradable discusión hizo sus maletas y se largó. Habría sido un poco traumático, a nadie le gusta que le rompan el corazón, pero la historia con Paul hubiese terminado ahí y ya está. —Se frotó las manos antes de continuar—: Pero entonces, un par de meses más tarde, Anais sacó un disco.

—Jesús, Daisy...

—Un disco con mis canciones.

—Qué cabrón.

—Lo denuncié. Mi productora decidió apoyarme y mi agente también. Decidimos que iríamos a los tribunales. La gente en redes sociales estaba dividida, pero la mayoría me creían a mí. Esas letras eran mías, iban a ser mi próximo trabajo...

—¿Y fuisteis a juicio?

—Espera. Para desacreditarme públicamente hizo lo siguiente: filtró unas fotografías mías en las que salía... salía... —Daisy se atragantó—. Salía con muy poca ropa. En algunas, más bien con nada. Sé que las mandó él porque, evidentemente, era el único que las tenía. Eran privadas, algo nuestro. En las redes todo se inundó con esa noticia y titulares como: «La modosita e inocente cantante de country que no lo es tanto». La gente dejó de creerme. Paul empezó a decir que yo tenía una doble cara, un lado oscuro...

Daisy prorrumpió entonces en un profundo sollozo.

Luke no dudó antes de rodearla con los brazos y abrazarla hasta que apoyó la cabeza sobre su pecho. Quería consolarla y eliminar todo su dolor. Y, aunque el pensamiento lo asustó, la

compasión que sentía por ella era mucho mas fuerte. Le dio un beso en la cabeza con el cuerpo rígido por la tensión: si hubiese tenido delante a ese tal Paul no estaba muy seguro de qué habría sido capaz de hacerle. Pero seguro que nada bueno.

—¿Por eso estás aquí? —le preguntó en voz baja.

—Sí. Mi agente Don me aconsejó que me alejase hasta que se calmasen los ánimos. En las redes sociales hay gente que me llama de todo menos bonita y mi vida se ha ido al traste.

—Tú no tienes nada por lo que esconderte.

Luke la apartó con suavidad y le limpió las lágrimas con los pulgares. A ella la estremeció la ternura de aquel gesto en apariencia insignificante, pero que la calmó de inmediato.

—Quisieron que no estuviese en el ojo del huracán.

—Pues es justo donde deberías estar: enfrentándote a él. ¿El juicio sigue en pie?

—Sí, será pronto. O eso me dijeron. Al principio confiaba en que ganaría sin problemas, pero después de lo de las fotografías estoy confusa y dolida y me siento humillada.

Luke se estremeció al recordar cómo la había tratado cuando llegó allí llamándola *princesa* y suponiendo que era una niña malcriada y mimada más. Quiso darse de cabezazos contra la pared y se propuso no hacerle más daño. Tomó aire con fuerza.

—Supongo que eres consciente de que lo de las fotos tan solo lo hizo para hacerte daño y desestabilizarte, ¿verdad? No puedes dejarle ganar, Daisy.

—Es fácil decirlo... —Tenía los ojos llenos de lágrimas—. Pero mírate, Luke. Tú también huyes. También estás aquí. También te has rendido.

A él le cambió el semblante y su cuerpo se tensó.

—Lo mío es diferente.

—¿Por qué?

—Porque no tiene remedio.

—Yo tampoco sé si podré superar esto —terció Daisy—. Para empezar, no había vuelto a conseguir componer. Odiaba la idea de coger la guitarra cuando durante toda mi vida ha sido mi mejor compañía. Es como si Paul hubiese ensuciado todo lo que tiene que ver con la música y no sé cómo lograr no asociarlo a él.

Luke sonrió lentamente sin dejar de mirarla.

—Ahora puedes asociarla a mí.

—Lo digo en serio...

—Yo también. ¿No has dicho que era inspirador? Está bien, Paul tiene retenidas esas canciones y es un capullo, pero puedes empezar de cero aquí y ahora.

Daisy sonrió entre lágrimas.

—Me gusta esa idea.

—Claro que sí.

Él la abrazó de nuevo y le frotó la espalda con cariño. Después se quedaron un rato más hablando en el sofá, dándose compañía el uno al otro. Al final, cuando Luke bostezó, ella se levantó con brusquedad pensando que quizá estaba siendo una molestia.

—Lo siento, se ha hecho tarde. Será mejor que me vaya.

—Espera. —Luke tiró de su mano—. Quédate.

—¿Dónde? —Lo miró sorprendida.

—Aquí. Conmigo. En mi cama.

15

Luke no había pegado ojo, pero se sentía mejor que nunca.

Desde que empezó a amanecer y la luz se coló por la rendija de la cortina, no apartó la mirada de la chica que dormía plácidamente a su lado. Era preciosa en todos los sentidos; no solo por su rostro angelical, sino por el corazón que tenía. A Luke le hubiese encantado conocerla en otras circunstancias, en una realidad diferente. Como no había sido así, se conformaba con admirarla mientras descansaba, con su respiración lenta acompasando el movimiento de su pecho arriba y abajo. Habían vuelto a hacer el amor en su cama antes de abrazarse y quedarse dormidos. Luke no recordaba la última vez que había descansado junto al cuerpo de otra mujer, jamás se permitía aquella sensación familiar y cálida.

Con Daisy había roto sus propias reglas desde el principio.

La joven empezó a moverse antes de bostezar.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las diez —contestó Luke.

—Qué tarde. —Aunque no le extrañó, teniendo en cuenta que la noche anterior se habían quedado charlando hasta bien entrada la madrugada—. ¿Llevas mucho despierto?

—No. —Mintió él apartando la mirada.

—¿Sería abusar de tu hospitalidad preguntarte si puedo poner una cafetera al fuego? Necesito café en vena de buena mañana para poder funcionar.

—Yo también. —Le sonrió.

Daisy se puso en pie y buscó la camiseta que la noche anterior había tirado al suelo. No se molestó en ponerse los pantalones antes de ir con él a la cocina. Le encantaba el hombre que estaba conociendo durante los últimos días, uno que no se parecía en nada al gruñón que la recibió en el refugio, y que era atento, tierno y muy protector.

Aunque también seguía siendo misterioso y reservado.

Encendieron el fuego y, mientras esperaban, fregaron los platos de la cena que Luke había dejado el día anterior. Casi parecía la escena de una pareja que acabase de comenzar un noviazgo y ella se preguntó como sería si todo fuese diferente.

Luke sirvió los cafés y sacó un cartón de leche.

—¿Y tú y ese tal Alain...?

—¿Qué pasa con él?

—Bueno, vosotros... —Torció el gesto, como si no supiese de qué manera formular la pregunta—. ¿Ha habido algo..., algo más allá...? Ya sabes.

—No.

—¿En serio?

—Solo somos amigos. Muy amigos. A veces conoces a alguien y sencillamente conectas con esa persona. Son cosas que no se pueden buscar ni evitar.

—Ya.

Luke se preguntó si eso era lo que le había ocurrido con Daisy. De alguna manera, parecía

cierto que desde el primer momento habían saltado chispas entre ellos, tanto para bien como para mal. Pero lo primero había terminado ganando en la balanza.

—Pues te mira con interés. O eso creo.

—No sabes lo equivocado que estás.

—Si tú lo dices... —terció.

—Digamos que no le interesan las mujeres. Lo que quiere decir que tú tienes una imaginación desbordante. Piensa que eres muy guapo, por cierto.

—¿Sabe lo nuestro?

—Claro.

—Ah, bien.

Daisy alzó la ceja.

—¿Te molesta?

—Yo no he dicho eso.

—No, pero has dudado.

—Tan solo necesito acostumbrarme un poco, eso es todo. Pero me parece bien que se lo cuentes a quien te apetezca, no tengo ningún derecho a pedirte que no lo hagas.

—Pero ¿lo preferirías?

Luke inspiró hondo. Se estaba comportando otra vez como un capullo. ¿Por qué? Porque su conciencia le decía que no merecía ser feliz. Intentó apartar esos pensamientos nocivos y centrarse en la chica maravillosa que tenía delante. Se iría pronto. Se esfumaría. Y él tenía que intentar atrapar los pocos instantes de ella que le quedaban.

—No, olvídale. Soy un idiota. Como si quieres gritarlo a los cuatro vientos, me parecerá bien. Ven aquí. —Se acercó hasta ella y le dio un beso en los labios.

—Por cierto, me gustaría ir al pueblo.

—¿Necesitas comprar algo?

—No, es que después de lo que estuvimos hablando anoche creo que quizá debería llamar a mi agente y hablar con él sobre el asunto... —Se mordió el labio—. Es posible que alejarme de todo no fuese la mejor manera de luchar, ¿no te parece?

Luke tragó saliva con fuerza, porque eso significaba que Daisy se marcharía. Pero, por otra parte, sabía que ella tenía que proseguir con su vida, ir a por lo que le pertenecía. No iba a quedarse allí eternamente con un tipo como él.

—Sí, tienes razón.

—¿Me llevarías hasta algún lugar donde haya cobertura?

—Claro. Podemos salir dentro de un rato. Si quieres, te invito a comer a un sitio que conozco. Hacen las mejores hamburgueserías de la zona.

—¡Genial! Gracias, Luke.

Daisy se inclinó, le acarició la mejilla y le dio un beso tórrido que a él le encendió. Tenía la sensación de que esa chica en apariencia inofensiva podía hacer con él lo que quisiese.

Dos horas más tarde, Daisy bajó del coche en el aparcamiento del restaurante y vio que su teléfono tenía algo de señal. Satisfecha y nerviosa, marcó el número de Don.

—¡Ya te echaba de menos! ¿Cómo van las cosas por allí?

—Bien, bien, el sitio es muy bonito y tranquilo.

Daisy vio por el rabillo del ojo que Luke se alejaba para dejarle intimidad. Ella se sentó en el

saliente de un ladrillo e intentó encontrar fuerzas para lo que tenía que decir.

—¿Y tú estás bien?

—Mejor, sí.

—¿Has vuelto a tocar?

—Algo. Pero, Don, te llamaba porque quiero saber si ha salido la fecha para el juicio.

—En efecto, iba a avisarte, pero no quería preocuparte antes de tiempo. Será dentro de tres semanas. Tu abogado dice que tienes muchas posibilidades.

—Ya. Claro.

—¿Estás bien?

—Sí, es solo que he estado pensando que quizás no fue buena idea huir.

—Pero ¿tan mal lo estás pasando en el refugio?

—No, no es eso.

De hecho, miró de reojo a Luke y se mordió el labio al ser consciente de que terminar allí había sido la razón por las que sus caminos se cruzaron. Solo por eso, no se arrepentía de haber accedido a ir. Ni tampoco tras conocer a Alain, Violet, Hannah, la pequeña Susie y hasta el gruñón de Alfie al que le había terminado cogiendo cariño.

—Lo que quiero decir. —Daisy lo intentó de nuevo—. Es que al alejarme ha dado la sensación de que yo había hecho algo malo, cuando no ha sido así.

—Es posible...

—Don, quiero ganar esta batalla.

—Lo sé, todos queremos, pero...

—Lo digo en serio, haré lo que sea necesario para conseguir lo que es mío. Me he cansado de ser la chica ingenua que se esconde del depredador. Voy a plantarle cara.

—Me parece buena idea, Daisy. Te apoyaré en lo que decidas.

—Gracias.

Cuando colgó el teléfono se sentía mucho mejor. Había tomado una decisión y, en parte, era gracias a Luke. Abrirse delante de él la noche anterior era justo lo que necesitaba para volver a sentirse fuerte y segura de sí misma, porque Paul había conseguido mermar su autoestima con engaños y más dolor del que merecía. Luke, en cambio, le había recordado que si se lo proponía podía conseguir cualquier cosa. Y estaba dispuesta a intentarlo.

Se dirigió hacia aquel hombre que la esperaba en la puerta del restaurante.

Vestía una camiseta blanca que se ajustaba a sus hombros y Daisy pensó en lo fuerte que lo había abrazado la pasada noche cuando hicieron el amor en su cama. Lejos de apartarse, Luke la había correspondido y, al final, los dos terminaron rendidos al sueño.

—¿Has acabado? —le preguntó.

—Sí. Ahora te cuento. Vamos.

Estaba hambrienta y aquello se parecía sospechosamente a una cita, aunque fuese informal, así que quería disfrutar del momento. Sabía que pronto se marcharía. Le dolía en el alma la idea de no volver a ver a aquel hombre de mirada triste, pero valores firmes.

Se sentaron en un rincón donde había una mesa roja junto a un pimentero y un salero. La camarera fue a tomarles nota en cuanto rozaron las sillas y los dos pidieron una hamburguesa de la casa grande con aros de cebolla y patatas para compartir.

—¿Y bien...? —Luke la miró.

—El juicio es dentro de tres semanas.

—Qué pronto. —Pareció perderse en sus pensamientos y, por un momento, ella pensó que sus

ojos eran melancólicos—. Me alegra oírlo. ¿Te sientes preparada?

—Sí.

Luke tomó aire.

—¿Cuándo?

Daisy sabía bien a qué se refería con su pregunta. Quería saber cuándo pensaba marcharse y abandonar el refugio. A ella se le puso el estómago del revés. Aquel lugar no era el mundo real, desde luego, tan solo un remanso de paz idílico en medio de la nada, pero ella iba a echarlo profundamente de menos, aunque no tanto como al hombre que tenía delante.

—Supongo que podría alargarlo unos días más...

—Tendrás que preparar el juicio con tu abogado.

—Sí. —Suspiró mientras les servían las hamburguesas—. Me imagino que tendré que irme esta próxima semana si quiero hacerme cargo de la situación como es debido.

Luke asintió con la cabeza, aunque no dijo nada. Parecía perdido en sus pensamientos mientras añadía ketchup y mostaza a su comida. Después le dio un mordisco con aire pensativo y contemplando la carretera a través de la ventana, como si no pudiese mirarla.

—¿Ocurre algo? —preguntó Daisy.

Deseaba que él le dijese que sí. O algo como: *claro que ocurre algo, Daisy. Ocurre que voy a echarte dolorosamente de menos, tanto que estoy planteándome salir de mi escondite e irme contigo.*

Su imaginación iba por libre, pero no podía negar que lo deseaba.

No solo porque quería seguir conociendo a Luke, sino porque hubiese sido maravilloso contar con su apoyo durante todo aquel doloroso proceso. Por desgracia, él parecía tener sus propios fantasmas y no se mostró especialmente afectado ante la idea de no volver a verla.

—No, tan solo pensaba en que tienes toda la vida por delante. Te irá bien, Daisy. Superarás esto y continuarás con tu música. —La miró con atención—. Conocerás a alguien que logre quitarte el mal sabor de boca que ese imbécil ha dejado.

—Bueno, gracias por tus premoniciones...

—¿He dicho algo malo?

—No. En absoluto.

—Daisy...

—Olvidalo.

—Bien.

Luke suspiró y ella se entretuvo con su hamburguesa. Apenas hablaron mientras comían, no podía decirse que su primera cita estuviese siendo un éxito, desde luego. Él intentó sacar algún tema de conversación neutral, pero a Daisy no le apetecía fingir que no estaba dolida, aunque, en realidad, ni siquiera sabía muy bien por qué.

Se habían acostado tres veces. Ella ni siquiera sabía por qué razón Luke había acabado perdido en medio de la nada. Él no tenía intención en darse a conocer.

¿Qué esperaba? ¿Flores y una noche en el cine?

Era evidente que con Luke jamás tendría eso.

La culpa era suya por, como de costumbre, encariñarse más de lo debido con un hombre. ¿Acaso era incapaz de tener relaciones que se basasen solo en el sexo como la mayoría de la gente? Un lío esporádico no le hacía daño a nadie. El problema era que, más allá de la parte física, a Daisy le intrigaba todo del hombre que tenía delante.

Además, no solo deseaba desnudarlo, sino también apoyar la cabeza en su hombro, cogerlo de

la mano mientras caminaban de vuelta al coche, reírse tras discutir por quién tenía derecho a elegir la radio ese día y planificar lo que harían al caer la noche.

Estaba empezando a divagar y fantasear como una colegiala.

—¿De verdad no piensas decirme qué te ocurre?

—Es que no es nada que tenga solución —dijo.

—A ver, tú suelta por esa boquita y ya veremos.

Luke esperó pacientemente mientras conducía de vuelta al refugio mientras Daisy se pensaba sus palabras. Sabía que no le iba a gustar lo que tuviese que decirle, pero lejos de ignorarlo quería hacerle frente. Tragó saliva sujetando el volante.

—Yo te lo he contado todo —soltó ella—. Y tú no.

—No te obligué a que me dijese nada, Daisy.

—Lo sé. Pero deseé hacerlo. Confío en ti.

—Y yo también en ti, eso no tiene nada que ver. Si no hablo de mi pasado es porque me resulta complicado. —Gesticuló con una mano—. No me es fácil.

—Para nadie es fácil abrirse en canal.

Luke inspiró hondo cuando ella se silenció.

—¿Qué quieres saber? —preguntó.

La tarde caía sobre ellos mientras avanzaban por el terreno arenoso en dirección al refugio. Luke conducía despacio como si quisiese dar tiempo para que tuviesen aquella pantanosa conversación. Vio que Daisy pensaba bien su respuesta.

—Cualquier cosa que tú quieras contarme.

Esa era buena. ¿Querer contarle? Luke lo meditó.

Al final, las palabras acudieron a su cabeza solas.

—Estuve casado.

—Oh.

Daisy parecía muy sorprendida.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo?

—Seis años. Doce en total, con el noviazgo.

—Pero ¿qué edad tienes?

—Treinta y cuatro.

—Entonces...

—Conocí a Iris en el instituto privado al que asistía. Empezamos a salir a los diecisiete años. Los dos proveníamos de familias adineradas y nos fuimos juntos a la universidad. Nuestros padres eran buenos amigos. En fin, fue lo típico: terminamos los estudios, alquilamos un apartamento en Nueva York, empecé a trabajar en el negocio familiar...

—¿Cuál era el negocio familiar?

—Me dedicaba a las finanzas. Ya sabes, la bolsa de Nueva York. Dicho de otra manera: trabajaba día y noche. Siempre estaba ocupado. Mi teléfono sonaba... a todas horas. Daba igual si estaba en la ducha o fuesen las tres de la madrugada.

—¿Por eso viniste aquí y lo dejaste todo atrás? ¿Escapabas de esa vida? —preguntó Daisy con curiosidad sin dejar de mirar cómo Luke conducía.

—Algo así. Todo se desmoronó.

—¿Por qué?

Luke se pensó sus palabras:

—Digamos que en lugar de apreciar las cosas importantes que tenía a mi alrededor, me centré en ser el mejor, conseguir más dinero, ascender, impresionar a mi jefe...

—Podría pasarle a cualquiera. La ambición es adictiva.

—Ya.

—¿Y qué pasó con ella?

—Nos divorciamos. No he vuelto a verla, pero la última vez que supe algo de mi familia me contaron que había conocido a alguien y se había vuelto a casar. Me alegro por ella.

Daisy estaba un poco más relajada cuando llegaron al refugio. Le aliviaba que Luke le hubiese contado algo de su pasado, algo que hasta entonces había escondido. Era como abrir una compuerta que llevaba cerrada mucho tiempo. Se lo agradeció esa misma noche, cuando él apareció delante de su puerta con actitud derrotada y ella lo besó y lo condujo hasta su habitación. Los dos sabían que no dormirían solos.

16

Los siguientes días fueron confusos para Daisy.

Empezó a componer como si no hubiese nada más en el mundo. Mientras Luke trabajaba por las mañanas, ella cogía su guitarra, salía al porche o se quedaba en el salón mientras anotaba melodías y letras. Fue como si se desbloquease de repente. En ocasiones, Alain le hacía compañía en silencio, cerraba los ojos y la escuchaba.

Por la tarde, iba con Susie y Luke a bañarse al río, en un par de ocasiones los acompañaron Hanna y Alain. Era divertido, hacían competiciones y tomaban el sol.

Pero era al anochecer cuando Daisy se sentía pletórica, en el momento en el que ella y Luke se reunían en la cabaña y se besaban antes de desnudarse. A menudo picaban algo que encontraban en la nevera y se quedaban tumbados en la cama hablando hasta tarde.

Mentalmente, ella se preparaba para lo que estaba por llegar.

—Se me hace raro pensar que dentro de unos días estaré en la ciudad, con todo el tráfico, tanta gente de aquí para allá, cafeterías abiertas, supermercados enormes...

Luke tomó aire y hundió la cabeza en su cuello.

—¿A ti no te ocurriría? —insistió ella.

—Claro que sí. Ni se me pasa por la cabeza.

—¿Nunca has vuelto a Nueva York?

—No. Creo que te lo dije.

—Mmmm.

—¿Qué piensas?

Daisy levantó la cabeza hacia él y se miraron fijamente. Dudó sobre si guardarse lo que le rondaba la cabeza o soltarlo sin más. Llevaba días dándole vueltas y cada vez que sus cuerpos se encontraban al anochecer la idea se volvía más fuerte y ella era incapaz de arrancarla. No podía ignorar el cosquilleo que sentía, la pequeña punzada de celos al pensar que Luke había estado doce años con una mujer, las ganas de estar junto a él...

Y, sobre todo, el tiempo que corría sin descanso.

A finales de semana se habría marchado.

—¿Y si me acompañases?

—¿Bromeas?

Luke se incorporó en la cama y la miró entre alucinado y asustado. Apoyó una mano sobre las sábanas arrugadas y esperó en silencio que ella se explicase.

—Lo que quería decir es que quizás podrías aprovechar esta ocasión para salir de aquí por primera vez. —Tragó saliva nerviosa ante la mirada impertérrita de él—. Sería una excusa, una manera de animarte para dar el primer paso. ¿Qué te parece?

—¿Por qué?

—Por mí. No lo sé. Me vendría bien tener un apoyo durante el juicio y, bueno, me gusta estar contigo. Me gusta mucho, Luke. Más de lo que debería.

Luke se puso en pie de inmediato. Encontró sus pantalones y se los subió antes de revolverse el

pelo y prepararse para mirar a la chica que se tapaba con las sábanas sobre su cama. La angustiaba perderla y, todavía peor, rechazar la oportunidad de algo más, porque, por sus palabras, estaba entendiendo que Daisy quería seguir con aquello de alguna manera.

—No puedo. Lo siento.

—Pero, Luke...

—No lo entiendes. No estoy recluido aquí, sino que elijo quedarme en este lugar. Es mi decisión. No tengo ninguna intención de vivir en ningún otro lugar.

—A veces las personas pueden ser lugares.

Estuvo a punto de derrumbarse por esa frase y la vulnerabilidad de Daisy. Nunca había conocido a una chica tan sincera, que fuese de frente con sus sentimientos. Probablemente por eso estaba en problemas: porque había demasiados hombres idiotas como él. Y ella era excesivamente enamoradiza. Luke intentó encontrar las palabras adecuadas.

—Me temo que tendrás que hacerlo tú sola.

Daisy tomó aire y después alzó la vista hacia él.

—¿No volveremos a vernos?

De eso se trataba todo, al final.

—No.

—Bien.

Ella se puso en pie y empezó a vestirse. A Luke le puso nervioso la idea de que saliese de su casa. No quería pasar la noche solo y menos cuando en unos días se habría ido para siempre. Fue hacia ella dando grandes zancadas y la miró atormentado.

—No te vayas, por favor. Mira, todo eso ya lo sabíamos, Daisy. Lo hablamos, ¿recuerdas? No hace tanto tiempo. De hecho, ni siquiera me conoces. Solo has visto una parte de mí, una parte pequeña.

—¿Entonces qué más te da si me quedo o me voy?

—Porque no hay nada en el mundo que me guste más en estos momentos que dormir contigo. Y es algo que no hacía con una mujer desde hace una eternidad, pero...

No fue capaz de continuar. Tan solo se inclinó y la besó con fiereza. Quería demostrarle con ese beso que, aunque era demasiado cobarde como para ir con ella, tal como le había pedido, Daisy le importaba profundamente. Quería que las cosas le fuesen bien, que tuviese un futuro prometedor y que consiguiese ser feliz. Pero sabía que él no entraba en esa bolsa.

A Daisy se le aflojaron las rodillas al notar sus manos abrazándola.

Volvieron a caer en la cama. Luke le acarició las mejillas, la nariz y la frente. Le susurró al oído palabras maravillosas, como que era fuerte, tenaz y hermosa.

En algún momento indefinido, ella se quedó dormida.

Cuando Daisy abrió los ojos apenas había amanecido.

Luke aún seguía dormido, así que decidió ponerse en pie sin despertarlo. Se deleitó con su imagen unos segundos antes de salir del dormitorio: la barba de un par de días, el cabello desordenado, los músculos definidos de su espalda, el hoyuelo de la barbilla...

Ya en el salón con un tazón de café con leche en la mano derecha, Daisy se sentó en el sofá y miró a su alrededor. No había gran cosa: una mesa de madera, sillas, algún jarrón de adorno que pegaba poco con el propietario y muchos libros en la estantería.

Daisy se levantó y empezó a echarles un vistazo.

Había clásicos, novelas de aventuras y de historia.

Entonces, entre los tomos polvorientos, llegó a uno de color marrón que no tenía título. Eso le resulto curioso. Lo sacó para ver de qué libro se trataba y solo entonces advirtió que, en realidad no era un libro, sino un álbum de fotografías familiar.

Se lo llevó al sofá.

Lo abrió por la primera página tras darle un sorbo al café y dejarlo a un lado, y le dio un vuelco el corazón al encontrarse con dos jóvenes que miraban sonrientes a la cámara. El chico él, de eso no había duda, aunque todavía parecía un adolescente y su cuerpo era mucho más desgarrado. La chica era muy guapa, de cabello oscuro, flequillo y ojos claros. Destilaba simpatía. En las siguientes páginas, aparecía de nuevo a menudo, entre otras figuras familiares y numerosas amistades. Conforme pasaban los años, Iris y Luke iban creciendo ante sus ojos.

Hasta que, de repente, Daisy se encontró delante de una fotografía en la que los dos aparecían juntos. Ella estaba sentada delante y él, desde atrás, acariciaba la incipiente barriga de embarazada. Daisy tragó saliva y parpadeó confundida.

Después pasó las páginas más rápido. Sabía que estaba siendo una intrusa y cruzando el límite, pero no pudo evitarlo. La curiosidad fue más fuerte que la razón.

Había fotografías de Luke sosteniendo en brazos a un bebé, de ellos dos paseando junto al niño por Central Park cuando este creció, de los tres juntos en el sofá de un salón disfrazados de Papá Noel. Y, finalmente, de ellos ocupando sendos lados de una cama de hospital ocupada por un niño de grandes ojos azules iguales que los de su padre.

—¿Qué estás haciendo?

Daisy alzó la vista y vio a Luke en la puerta del salón. Él tenía la mirada clavada en el álbum que ella sostenía en la mano y parecía horrorizado. Se puso en pie rapidísimo, pero solo consiguió que se le cayese al suelo y que el rostro de él se endureciese.

—Lo siento, lo siento, no pretendía...

—Deja eso. —Le arrebató el álbum antes de que ella pudiese devolvérselo tras recogerlo del suelo. Volvió a colocarlo con cuidado en la estantería.

—Perdona, ha sido un error...

—Vete.

—Luke, escucha...

Él se giró y le dirigió una mirada glacial.

—Escúchame con atención: voy a darme una ducha y, cuando salga, no quiero que estés aquí. De ahora en adelante agradecería que te mantuvieses alejada de mí.

Y sin añadir nada más la dejó allí plantada y se internó en el baño.

Daisy parpadeó por no llorar, conmocionada. Buscó sus calcetines, que estaban en la habitación, y algunas pertenencias que había traído allí la noche anterior, como su guitarra. Luego, salió sin mirar atrás y se dijo que, por una vez, cumpliría los deseos de Luke.

Sabía que estaba cometiendo un error, pero no le importaba.

El agua caliente resbalaba por su cabeza y le desentumecía los músculos en tensión, pero no iba a ser suficiente para aliviar la rigidez y la tensión. Se sentía como un león enjaulado. Cerró los ojos con fuerza. Verla con aquel álbum entre las manos le había alterado considerablemente. No le gustaba que se entrometiesen en su vida y ella lo estaba haciendo. ¿Qué pretendía pidiéndole que la acompañase a la ciudad, curioseando entre sus cosas, colándose en su corazón...?

No fue consciente del significado de su último pensamiento hasta que se paró a pensarlo. Pero ¿a quién quería engañar? Era cierto. Daisy se había hecho un hueco en aquel músculo que hasta entonces estaba vacío, otra cosa era que él fuese capaz de aceptarlo.

No.

Seguiría con el plan inicial.

La ignoraría. Ella se marcharía en dos días. No volvería a verla. Dentro de un tiempo, quizás unos meses o medio año, la habría olvidado completamente.

Seguiría con su existencia gris. La que merecía.

Se convenció de ello mientras se vestía y salía para continuar con una nueva jornada laboral. Aquel día, hizo todas tareas pendientes que tenía y, después, como le sobró tiempo, decidió empezar a cambiar el suelo del porche de la casa de Hanna y Susie.

Necesitaba estar ocupado. No podía distraerse.

Y así aguantó día tras día, a pesar de que cada noche que pasaba a solas en su cama, deseaba estar junto a ella. No por el sexo, sino por lo maravilloso que le resultaba abrazarla, besarla y hablar de cualquier cosa entre susurros confidentes.

Echaba de menos sentirse conectado a otra persona.

Pero cargaba una piedra demasiado grande.

El día que Daisy se marchaba, Luke se desfogó cortando leña en un pequeño claro del bosque. Ponía un tronco tras otro encima de la base y golpeaba con el hacha. Estaba sudando y respiraba agitado, pero no le importaba y tampoco le parecía suficiente.

—¿Qué estás haciendo?

La voz de Susie lo desconcentró.

—¿No lo ves? Cortar leña.

—Aún queda mucho para el invierno.

—Le dijo la cigarra a la hormiga.

Susie sonrió, porque ese era uno de sus cuentos preferidos y su madre solía leérselo antes de irse a dormir. Se sentó en el suelo a una distancia prudencial y contempló a Luke golpeando con su hacha. Le tenía mucho cariño. Él siempre encontraba un rato para jugar con ella y hacerle saber que le importaba; además, su madre y Luke eran buenos amigos.

—Daisy está a punto de irse —le avisó.

—Bien. —Fue a por otro tronco.

—¿No quieres despedirte de ella?

—No.

—Creo que te está buscando.

—Comprenderá que estoy ocupado.

—Pero podrías dejar la leña y acercarte al refugio para decirle adiós.

—Susie, déjalo ya, ¿quieres? Los adultos... —dudó y se mordió la lengua porque no sabía cómo continuar y explicárselo—. Digamos que no siempre necesitamos despedirnos.

—¿No? Pues mi madre dice que eres idiota.

Luke dejó de cortar y se apoyó en el bastón de madera del hacha. Respiró profundamente para recuperar el aliento mientras miraba a la niña.

—¿Eso ha dicho Hanna?

—Sí. —Susie se encogió de hombros—. Y también que estás enamorado. La escuché el otro día cuando Violet vino a merendar a casa. Trajo pasteles de calabaza.

Se sintió terriblemente expuesto. ¿Eso pensaba todo el mundo? Quizás tuviesen razón, pero lo que los demás no entendían era que no tenía importancia. Los sentimientos de Luke eran secundarios. Él ya había tenido su momento, una vida perfecta que había dejado escapar porque estaba demasiado ocupado trabajando y pensando en el éxito mientras los días se esfumaban. No se sentía capaz de darle a Daisy lo que ella merecía: un hombre sin un pasado trágico que estuviese dispuesto a empezar con ella una vida en común.

—¿Te importaría dejarme solo, Susie?

La niña se levantó y se limpió las rodillas.

—Pues mamá tienes razón: eres idiota.

Después se alejó y lo dejó en aquel claro donde solo había silencio y soledad: las dos cosas que le esperaban hasta el fin de sus días. Luke continuó golpeando la leña. Cuando regresó al

refugio ya era mediodía. La cabaña que Daisy había ocupado hasta entonces junto a la suya tenía la puerta abierta y, dentro, Hanna estaba limpiando. La vio salir con el cubo de la fregona. Ella le dirigió una mirada que decía muchas cosas.

—No te metas en mis asuntos —le advirtió él.

—Qué lástima, Luke. Qué lástima —dijo mientras menaba la cabeza de un lado y a otro, cosa que a él le cabreó. Se alejó y se pasó los siguientes días evitando a todo el mundo.

Muy lejos de allí, una chica nerviosa llegaba a la ciudad.

Bajó la maleta del coche y subió a su apartamento. Olía a cerrado. Abrió todas las ventanas para que corriese el aire y, para entretenerse y calmar su ansiedad, se puso a deshacer la maleta. Después, se sentó en su antiguo sofá. Cuando encendió el teléfono móvil comprobó que tenía cientos, miles de mensajes, casi todos de gente que no conocía.

Revisó algunos, pero empezó a angustiarse.

«Es una zorra». «Qué vergüenza que todo el mundo pueda verla desnuda en esas fotografías». «Lo único que Daisy quiere es llamar la atención». «Está acabada».

Con el corazón en un puño, lanzó el móvil lejos.

No pudo evitar pensar en Luke. Si él hubiese accedido a ir con ella, ahora podría apoyarse en él. Leería los mensajes en voz alta y Luke le diría que aquello eran idioteces y que no podía dejar que le afectasen, que era fuerte y podría con todo.

Pero, por desgracia, Luke había tomado otro desvío.

Daisy intuía cuáles eran sus demonios tras ver a aquel niño que tenía sus ojos y que él jamás había vuelto a nombrar. La fotografía en la que salían en la cama del hospital todavía la atormentaba. Sin embargo, pese a todo, Luke tenía dos opciones: seguir o rendirse.

Había elegido rendirse.

Pero ella no pensaba hacer lo mismo.

Por eso sintió el impulso de volver a coger el teléfono, abrió la aplicación de vídeo, se enfocó a sí misma a pesar de que no estaba maquillada ni bien peinada y empezó a grabar mirando a la cámara fijamente, decidida a mostrarse tal y como era.

Cuatro días después de su marcha, Luke estaba desesperado.

Era como un drogadicto al que le han quitado su dosis. Y su droga se llamaba Daisy. La echaba de menos a todas horas: cuando se levantaba y la buscaba sin éxito por el refugio, al mediodía, al atardecer y, sobre todo, por las noches. Ahora se arrepentía de no haber pasado más tiempo con ella durante aquellos primeros días que desaprovechó.

Alain se había marchado un día más tarde tras despedirse de él lanzándole una mirada de reproche que quería decir algo así como: *eres un capullo si dejas escapar a Daisy*.

Así que la vida en el refugio volvió a la rutina.

Luke trabajaba haciendo de todo un poco, llegaron nuevos clientes, Alfie se mostró más gruñón que nunca y Hanna lo invitó a cenar una noche a su casa. Cuando empezó a hablar de cierta chica rubia, Luke le pidió que mantuviese la boca cerrada o se marcharía.

—Está bien, como quieras —le dijo ella.

Sin embargo, era un completo hipócrita. Porque, aquel día, cuando salió del bar del pueblo tras tomarse una cerveza y no escuchar nada de lo que le decían estando demasiado ocupado pensando

en ella, subió en su coche y comprobó la línea de su teléfono.

Nunca hacía esas cosas. Pero aquel día lo hizo.

Buscó el nombre de Daisy en internet. Se dijo que solo quería saber si estaba bien. En cuanto comprobase cómo le iban las cosas, si es que salía algo, se quedaría tranquilo.

Lo que encontró fue un vídeo que había aparecido en varios medios de comunicación. Salía natural como si acabase de levantarse de la cama, aunque parecía cansada, y miraba a la cámara fijamente, sin esconderse. Luke la contempló embobado, memorizando algunos trozos de lo que decía: *“Muchos tan solo me conocéis porque el mes pasado empezaron a circular por la red fotografías mías en las que salía desnuda. Pero, en realidad, tan solo soy una chica más que nació en Boston y decidí que quería dedicarse a su pasión: la música. Mi exnovio, Paul Rider, no solo se apropió de mis canciones, sino que hizo públicas unas imágenes que eran privadas. Y quiero dejar constancia de que voy a luchar hasta el final en los tribunales, no solo por los derechos legales, también pienso interponer una demanda por violación de la intimidad. Haré lo que sea necesario para que se haga justicia. Y a vosotros, todas esas personas que estáis viendo esto ahora mismo, quiero pedirlos que antes de emitir juicios de valor y opinar sobre aquello que desconocéis, pensar que os podría pasar a cualquiera y sed compasivos”*.

Luke tragó saliva por culpa de la emoción.

Le encantaba verla así, con agallas. Ahora sabía que ella podría con todo lo que se le pusiese por delante. Arrancó el coche y regresó al refugio, pero, a lo largo de todo el día, no consiguió que desapareciese el nudo que tenía en la garganta.

Ya había caído la noche cuando Violet llamó a su puerta.

—¿Necesitas algo? —le preguntó.

—Te he traído bizcocho. ¿Puedo pasar?

—Bien, claro. Entra.

Luke se apartó y la mujer se internó en su casa. Le preparó un vaso de leche y después fue junto a ella al salón. Los bizcochitos eran cuadrados y jugosos. Lo último que le apetecía a Luke era tener visita, pero no podía negarle nada a Violet.

—¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos?

—Mucho, ¿por qué lo preguntas?

—Nada, tan solo pensaba que desde que estas aquí, y ya van varios años, siempre he respetado tu decisión —comenzó a decir Violet—. Conozco tu dolor y comprendo tu elección, aunque no esté de acuerdo con el castigo que te has impuesto. Sin embargo...

—Violet, no me apetece hablar.

—Sin embargo —continuó ella sin escucharlo—, en esta ocasión tengo que decirte que te estás equivocando. Lo siento, no me mires así, es la verdad. Todos hemos sido testigos de lo que ha ocurrido aquí durante el último mes y es una pena que vayas a perder la que quizá sea tu última oportunidad para volver a ser feliz.

—No me vengas con eso ahora.

—Noté algo diferente en tu mirada desde el primer día, cuando ella entró en la oficina y te pedí que le enseñases la cabaña. No sabría explicar qué fue, pero ahí estaba. Así que no te atrevas a decirme que no sientes nada por ella.

—No voy a decírtelo —admitió él.

—¿Entonces?

Luke se miró las manos y abrió y cerró los ojos.

—No la merezco.

—Qué tontería es esa. Tú no eres el mismo hombre que eras hace años y, aun así, nunca has sido tan terrible como crees. Cometiste errores, claro, como todo el mundo.

—No es tan sencillo...

—¿Cuál es el problema?

—No sé si soy capaz de volver al mundo real.

—Eres muy capaz, Luke. No me malinterpretes, a mí me encanta tenerte aquí, eres mi chico preferido —le dirigió una sonrisa dulce y maternal—, pero es hora de que alces el vuelo. Y creo que este es el momento perfecto para que lo hagas.

Luke se llevó las manos a la cabeza y suspiró profundamente.

—Ya no importa. Es demasiado tarde.

Violet cogió un bizcochito y lo saboreó lentamente.

—¿Sabes que estuvo esperándote más de una hora antes de marcharse?

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a Daisy. El día que se fue, llamó a tu puerta para decirte adiós, pero tú no estabas. Devolvió las llaves en la recepción, llegó el coche que tenía que llevársela y le pidió al chófer que esperase un poco más. Se quedó sentada en los escalones del porche esperando hasta que al final no pudo demorarlo más y se marchó.

—Yo... no lo sabía.

—Fuiste un cretino.

A Luke le entraron ganas de llorar. Algo le oprimía la garganta y se dijo que, si pudiese volver atrás, cambiaría muchas cosas. ¿Por qué no había podido tomarse la molestia de decirle adiós?, ¿por qué había reaccionado con tanta fiereza cuando la vio con el álbum de fotografías?, ¿por qué le había dicho que no a la idea de irse con ella...?

Era idiota, un completo idiota sin remedio.

Violet apoyó la mano en su hombro y lo miró:

—Todavía estás a tiempo de cambiar las cosas.

Daisy estaba tan nerviosa que decidió hacerse el café descafeinado esa mañana porque, de lo contrario, el corazón le saldría disparado del pecho. Se lo tomó mientras contemplaba el cielo de aquel día a través de la ventana de su apartamento.

Se había duchado tras levantarse al amanecer.

Se había vestido con un traje de chaqueta y una camisa blanca impoluta. Llevaba un bonito broche de su abuela con forma de rosa porque pensó que le daría suerte. Su madre la había llamado la noche anterior después de que ella le contase todo lo que estaba pasando para darle ánimos y repetirle que era fuerte y que estaba orgullosa de ella.

En apenas unas horas se celebraría el juicio en el que se decidiría si las canciones le pertenecían a ella o, por el contrario, eran propiedad de Paul.

Al pensar en volver a verlo, le entraron ganas de vomitar. Le dio un sorbo a su café con leche e intentó calmarse. Desde que había llegado a la ciudad se había propuesto hacer bien las cosas, empezando por aquel mensaje que lanzó a las redes y que se hizo viral rápidamente. Esperaba que la justicia estuviese de su parte, pero, al menos, el apoyo del público ya lo tenía.

Daisy se levantó cuando llamaron al timbre.

No esperaba a nadie. Había quedado en un rato con su agente y su abogado para dirigirse junto a ellos hasta los juzgados, pero todavía era temprano.

Abrió la puerta distraída.

Su corazón dio un vuelco.

Delante de sus narices se encontraba un hombre de cabello oscuro y ojos azules como el cielo. Vestía unos vaqueros nuevos y una camiseta que parecía que acabase de estrenar.

—¿Luke? ¿Qué estás haciendo aquí?

Daisy estaba conmocionada. Él parecía inquieto.

—Yo... —La miró a los ojos—. Quería... desearte suerte.

Ella alzó una ceja e intentó mantenerse serena pese a las circunstancias. La puerta estaba entreabierta, pero Daisy se mantuvo entre ella y su casa impidiéndole entrar.

—¿Has venido hasta aquí tan solo para eso?

—Sí. Sabía que era un día importante para ti.

—¿Has hecho más de mil kilómetros para desearme suerte?

—Bueno... —Luke tomó aire—. No, joder, claro que no.

—Entonces, ¿qué quieres?

—¿Puedo pasar?

—No.

—Vale, me lo tengo merecido.

—La verdad es que sí.

—Mira, esto... —Se revolvió el pelo—. Tenía un discurso pensado, sabía lo que iba a decirte, pero ahora mismo estoy demasiado nervioso para recordarlo.

—Intenta ir sobre la marcha —le aconsejó ella.

—Me gustas... mucho. Muchísimo.

—Buen comienzo.

Daisy intentó aflojar el lazo al ver la angustia en el rostro de Luke. Se mantuvo firme delante de la puerta, pero su mirada dejó de ser glacial.

—Y me equivoqué.

—¿En qué?

—En todo, maldita sea.

—Sé más específico.

—Desde el principio fuiste diferente y eso me asustó. No entraba en mis planes volver a sentir..., volver a sentirme de esta manera, ¿lo entiendes? Ya había renunciado a ello. Pero tú llegaste y lo complicaste todo. —Chasqueó la lengua—. Cuando te vi mirando esas fotografías no sé qué me ocurrió. Creo que fue el cúmulo de emociones, por un lado lo que sentía por ti, por otro lado los recuerdos que afloraron...

—Sobre eso, lamento haberlo visto —dijo ella.

—No, no lo lamente. Debería habértelo contado. Tendría que haberte dicho que estuve casado y que además tuve un hijo. Se llamaba Peter y era el ser más maravilloso que he conocido jamás. —Luke tenía los ojos brillantes por culpa de las lágrimas mientras abría su corazón por primera vez en años—. Pero le perdí. Me di cuenta de los errores que había cometido cuando le diagnosticaron un cáncer. Iris llevaba años pidiéndome que pasase más tiempo con ellos, que fuese un padre mejor, un esposo más entregado, un hombre que no pensase solo en los negocios y en ganar más dinero... —Se mordió el labio—. En mi casa me habían educado así, ¿sabes? El éxito era lo único que importaba para mis padres y, en lugar de hacer lo contrario, cometí sus mismos errores.

—Luke...

Daisy alargó la mano y cogió la de él.

—Pude pasar los últimos meses junto a Peter, pero nunca me perdonaré haber tirado por tierra tanto tiempo. Después, cuando falleció, me di cuenta de que la vida en Nueva York ya no era para mí. No quería volver a la oficina ni amasar más dinero. Iris y yo nos divorciamos; después, cogí el coche y conduje sin cesar durante meses, parando en hostales y todo tipo de lugares hasta que, de casualidad, llegué al refugio. Para entonces, bebía tanto que había dejado de ser yo mismo. Violet me acogió y allí empecé a sanar.

—Ven, entra.

Daisy tiró de su mano para animarlo a avanzar y cerró la puerta a su espalda. Después, lo abrazó con tanta fuerza que Luke se sintió cobijado y arropado como nunca. Ella lo consoló hasta que él se sintió con fuerzas para mirarla de nuevo a la cara.

—Lo siento, Daisy.

—No importa.

—Me comporté como un idiota contigo.

—Pero un idiota con buen corazón.

—Sé que no tengo derecho a aparecer aquí, pero quería estar contigo en un día tan importante y no sé... —Se miró las manos vacías—. Quizás tú...

—¿Sí?

—Quizás aún habría hueco para mí en tu vida.

A Daisy le sobrecogió su franqueza. Todo su cuerpo vibraba por las ganas que tenía de volver a estrecharlo entre sus brazos y sentir su calor cerca. Sabía el esfuerzo que le estaba suponiendo a

Luke abrirse de aquella manera delante de ella.

Alargó la mano y le acarició la mejilla.

—Has tardado mucho.

—Daisy...

—Pero todavía te esperaba.

Se puso de puntillas y lo besó.

Luke se mostró sorprendido al principio, seguramente porque imaginaba una negativa, pero al sentir sus labios moviéndose sobre los suyos correspondió aquel beso y le rodeó la cintura para pegarla más a su cuerpo. La arrinconó contra la pared y se entretuvo colando la lengua en su boca y acariciándola por encima de la blusa.

—No tenemos demasiado tiempo... —gimió Daisy—. Pero creo que necesito sentirte antes de que nos vayamos. ¿Estás de acuerdo conmigo?

—Nunca he estado tan de acuerdo en algo.

Se desnudaron con prisas. Luke no llegó a quitarse del todo los pantalones y ella acabó con la falda subida a la cintura. Los nervios del día se disiparon entre gemidos y jadeos cuando Daisy lo condujo hacia su cama, que estaba llena de la ropa que se había probado horas antes.

Cuando terminaron, él la ayudó a vestirse de nuevo.

—Perfecta —le aseguró.

—Tenemos que irnos ya.

—Te acompaño. Vamos.

Luke la cogió de la mano y subieron juntos al taxi que los estaba esperando abajo. Daisy se sentía inquieta por lo que estaba a punto de vivir, pero, entre ese sentimiento ahora había aparecido otro nuevo: la ilusión gracias al hombre que tenía al lado. No hablaron durante el trayecto, pero tampoco era necesario. Se entendían con la mirada.

Daisy le presentó a su agente y a su abogado cuando se encontraron con ellos en los juzgados. Como Luke no podía pasar, se despidieron en la puerta de la sala.

—Mucha suerte —le susurró él al oído.

—Gracias. Quizás seas mi amuleto.

Luke no podía parar de golpear con el pie en el suelo.

El juicio había empezado hacía más de una hora y no había rastro de Daisy en la sala de espera. Su agente tampoco estaba allí porque participaba como testigo. Luke había ido a la cafetería para coger un café para llevar, pero hacía rato que se lo había terminado.

Cuando la vio aparecer por la puerta, ya estaba a punto de ir a preguntarle a alguien qué estaba ocurriendo. Daisy parecía pensativa mientras caminaba con la vista clavada en el suelo, hasta que la alzó, se encontró con él delante de sus narices y le mostró una sonrisa inmensa.

—¡He ganado! ¡Hemos ganado!

A Luke le encantó el plural de la frase.

La cogió entre sus brazos y dio una vuelta completa sin soltarla, mientras ella reía y algunas personas los miraban especulativamente.

—No sabes cuánto me alegro.

Le dio un sonoro beso en los labios.

—Ahora vámonos de aquí.

Y él cumplió sus deseos. La cogió de la mano y salieron de los juzgados. El sol de aquel día

brillaba en lo alto del cielo como una premonición. Se internaron en un parque de la ciudad y caminaron juntos y en silencio cogidos de la mano. Era un gesto cotidiano, pero a Luke le resultó muy placentero. Se sentía en paz por primera vez en mucho tiempo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Daisy.

—No tengo ni idea. Ni siquiera sé qué haré a partir de ahora, tengo la carrera de derecho y un máster en finanzas, pero tengo que organizar mi vida.

—¿Vas a marcharte? —Daisy titubeó.

—No. Quería decir que tengo que organizar mi vida aquí —corrigió él—. Quizás podamos ir al refugio en vacaciones, ¿no te parece? Pero creo que ahora mi hogar está donde tú estés, así que... —La miró con ternura y amor.

—Estoy deseando ver qué nos depara la vida.

—No tanto como yo —respondió besándola.

Luego se alejaron caminando a paso lento por el parque, hablando de planes futuros, de restaurantes que visitarían en las próximas semanas y de todas las canciones de amor que Daisy había compuesto en las últimas semanas y que estaba deseando cantarle al oído.

FIN.